Julián Morón y Antón.

CORAZONES DE ORO

DRAMA

en tres actos y en prosa, original

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUPLICADO

TELÉFONO NÚMERO 551



CORAZONES DE ORO

CORAZONES DE ORO

DRAMA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

Julián Morón y Antón.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

TELÉFONO NÚMERO 551

A Doña Cesárea Antón y Alamo

Ningún mérito tiene esta obra que te dedico, madre querida, pero como disculpa, debe servirte, los ruegos que para escribirla me hicieron mis alumnos todos del Colegio de San Ignacio, que carecían de obras de este género para lucir sus aptitudes de actores.

Sólo el cariño que te profeso, me hace, que a tu avanzada edad, te dedique este pobre homenaje de amor y respeto filiales.

¡Desgraciadamente esta nueva edición tengo que dedicarla ya en memoria de la que fué mi amantísima madre!

PERSONAJES

ADRIÁN, niño de 12 años.
MATEO, niño de 11 años.
ANDRÉS, 54 años.
GUEVARA, comandante de caballería, 40 años.
ANTONIO, 60 años.
INFANTES, comandante de caballería, 40 años.
TOMÁS, asistente, 21 años.
RAMÓN, asistente, 21 años.
JUAN, mendigo, 70 años.
SUÁREZ, médico, 45 años.
LESMES, criado, 30 años.
GENARO, criado, 25 años.

PELAO. MENDRUGOS. RATÓN. RAMONET. CHÁNFLI. CUERVO. BRAGAS.	Golfillos de 10 a 14 años.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha e izquierda, las del actor



ACTO PRIMERO

La escena representa las cercanías de un cuartel. Telón de fondo figurando el edificio. El lateral de la izquierda con puerta accesible y garita. En el de la derecha árboles y aguaducho. En primer término dos mecedoras.

ESCENA PRIMERA

El PELAO, MENDRUGOS, RATÓN, BRAGAS, RAMONET, CHANFLI y CUERVO, formando grupo a la derecha, cuatro de ellos sentados en el suelo y los tres restantes en pie. Todos llevan botes de hojadelata en la mano o sujetos a la cintura

Pel. ¡*Gácholis!* paece que vamos acudiendo al *restaurant*, que los *gabis* nus atraen.

Men. Ni que icir tiene, como qu'hace una gazuza mu superior. De seguro que denguno l'ha de poner faltas.

Chan. Yo creo que no; si es caso Ramonet.

Bra. ¡Cá, hombre; es siempre el primero qu'acude a tomar vez por temor de que le quiten el puesto!

Cuer. Y está mu justificá su aztitú, porque como tié el estógamo elástico, nesecita que l'echen dos u tres veces el cucharón bien colmao, pa yenarse *l'andorga*. El *gachó* debe tener la solitaria.

Ratón Pus como la tenga s'ha lucío, porque esa debe ser la peor enfermedá que se le pué venir encima, al que no tié la *guita* suficiente pa poder yenar el *monago*.

Bra. Eso no sería una desgracia pa él; el amigo es cabayo de güena boca, *apenca* con to, hasta con los tronchos que s'encuentra en las basuras. ¿Verdá, Ramonet?

Ram. No sus lo niego; yo soy de mucho comer y tengo que valérmelas así. Además, yo no pueo hacer lo que vusotros, que sus desayunáis en Lhardy y coméis a diario en casa de *Tournié*.

Pel. (Que comprende la indirecta.) ¡*Primavera*, si te doy así! (Le amenaza.)

Ram. (Desafiándole.) ¡Qué... qué!

Pel. (Acobardado.) ¡Na, hombre, no te sofoques! Naide dice que frecuentemos esos sitios; lo que s'asegura, es que pa ser más delicao que tú n'hace falta mucho; miá qu'un *gocho* n'atravesaría las cosas que tú t'enguyes algunas veces.

Ram. Y yo repito que vusotros habéis debío nacer pa marqueses y entavía n'habéis llegao. A to habéis de poner faltas, hasta al rancho, qu'es riquísimo, y qu'está condimentao con la mar de limpieza.

Ratón En eso tiés razón, *ninchi*; miá que se pasan una sinfinidá de días, sin que nos encontremos entre las judías ni una corredera siquiera.

Bra. El hallar una corredera no tié ná de particular; al fin y al cabo el bichito pué dar sustancia. En cambio debió dar mu poca, toa la palma aqueya d'escoba que nos encontremos el otro día.

Ram. No daría mucha; pero ¿a que denguno dejó de comer por eso?

Cuer. ¡Pa chasco! Sin embargo, ya sabes que no faltó quien hiciá ascos.

Ram. ¡Bah! A esos *remilgaos* se les conoce a la legua y n'hay qu'hacerles caso. Yo hace mucho tiempo que vengo aquí, casi dende que me salieron los dientes, y estoy acostumbrao a ver a esos *milindrosos*, qu'al prencipio ponen peros a to, de to hacen ascos y acaban luego por no verse hartos de rancho, yegando a saborearlo con verdadera delicia, como si fuá un manjar.

Men. Dí que sí, chico, a tos nusotros nos ha pasao lo mesmito que tú dices.

Ram. Demasiao sabéis que no es difícil acostum-

brarse. Acordarsus si no de lo que le pasó a ese chico qu'hace unos días vie con el Mateo, y al que yo he bautizao con el mote de Milindres. El primer día *gomitó* lo qu'habia comío; total porque se le enredó un pelo entre la lengua y los dientes, y tuvo qu'estar más de dos menutos pa quitárselo, al segundo por poco le pasa lo mesmo: al paecer s'encontró una *colasa* de puro entre las patatas. ¡Pero, camará! al tercero se cansó d'hacer ascos y hoy lo come con gusto y hasta creo que s'ha puesto gordo.

Cuer. ¡*Chavó*, y qu'el tal Milindres paece un presonaje! No tié ni un roto en la ropa, trae una gorra mu *súper* y unas alpargatas que lo menos... lo menos han debío costarle de noventa céntimos a una peseta.

Ratón ¡Leñe! Sí que m'he fijao. Así se da tanto pisto. Apenas si nos dirige la palabra y está siempre más serio que la *estauta* de Velázquez, qu'hay en el Prao.

Chan. *Güeno*, eso s'explica, porque según m'ha dicho el Mateo, se l'está muriendo su padre que s'ha caío d'un andamio.

Bra. ¡*La órdiga!* ¡Por poco s'apura!

Men. D'esas penas estamos nusotros libres. Como no tenemos familia...

Pel. Ni falta que nos hace. Sin ella estamos mejor, libres como los gurriones, sin tener quien nos mande, mas qu'esos *piltras* de guindiyas, qu'a lo mejor nos despiertan a puntapiés cuando nos queamos dormíos en l'acera d'alguna caye céntrica.

Cuer. Ni tenemos tampoco quien nos gruña.

Ram. ¡Que no! (Señalando a la derecha.) ¡Mira, *güelve* la caeza y *guipa* quien asoma por ayí!

Cuer. (Mirando.) ¡Atiza! ¡El tío Sermones! El hombre más *grasnón* qu'ha nacío.

Men. Pus lo qu'es a mí no me da la *lata,* que le sermonee al nuncio, me las *piro.*

Ratón (Se levantan.) Sí, *ahuecar* hacia la fila a tomar vez.

Ram. Vié con el Milindres. ¡Pobrecillo! Hoy sí que le da un empacho el rancho, en cuanto que se le mezcle con la religión y la moral, qu'el viejo le vendrá perdricando de seguro. (Salen por segundo derecha.)

ESCENA II

El TIO JUAN y ADRIAN

Adr. (Saliendo por primera derecha con bote a la cintura.) No, señor Juan, es inútil que se esfuerce en hacerme concebir esperanzas, que no se han de ver cumplidas. ¡Mi padre está tan enfermo que se muere sin remedio!

Juan No te pintes su situación con colores tan negros; su estado aunque grave, no lo es tanto como tú te figuras.

Adr. Pero si forzosamente tiene que ocurrir lo que digo. La caída del andamio le ha dejado en un estado deplorable. Carecemos además de los medios necesarios para curarle. En mi casa no hay medicinas ni alimentos, y el poco dinero que yo puedo agenciarme, con un trabajo ímprobo, no alcanza para comprar la carne suficiente y poderle hacer un buen caldo.

Juan ¿Y el señor Antonio, no os ayuda?

Adr. ¡Ayudarnos él! Es tan avaro, que aunque viera morir a la humanidad entera y con cinco céntimos pudiera evitarlo, no se desprendería de ellos.

Juan Le conozco lo bastante para comprender que es cierto lo que dices.

Adr. Por el contrario, lo que hace es amargar aún más nuestra existencia. Al pobre Mateo le da unas palizas mortales, el día que no le lleva por lo menos un par de reales. Ya comprenderá usted, que las escenas que allí se desarrollan con este motivo, hacen padecer mucho a mi padre, que no puede intervenir como lo hacía antes.

Juan ¡Tiene un corazón de oro!

Adr. Aún hay más, señor Juan, y es que yo soy el causante de esas palizas, porque en mi inutilidad, no sé ganar el dinero preciso para atender a las necesidades del enfermo y todo cuanto ganamos entre los dos, lo gastamos en él. Esto hace que la ira del señor Antonio aumente de día en día. Van ya tres semanas que Mateo no le lleva ningún dinero.

Juan ¿Dónde está ahora el pobre Mateo?

Adr. Ha ido al Rastro a vender un saquito de tabaco, que reunimos ayer cogiendo colillas. ¡Oh, cuánto sufriría mi padre, si supiera que me ocupo en tan asquerosa tarea! Si él me hubiera dejado entrar de aprendiz de cerrajero, como yo quería, en un taller cualquiera, podría ganar para los dos, pero se empeñó en que tenía que seguir yendo a la escuela un par de años más, y hoy no sirvo para nada.

Juan A él no se le debe ocultar, que tú te ocupas en algo que te proporciona el dinero con el cual le mantienes.

Adr. Hasta ayer no se ha dado cuenta, el pobre, de cuanto ocurre a su alrededor, y por la tarde me dirigió una pregunta sobre el particular.

Juan ¿Qué le contestaste?

Adr Solo se me ocurrió decirle que el señor Antonio era quien nos socorría, dándonos el poco dinero que necesitábamos.

Juan No sabrá cómo agradecérselo.

Adr. Ya lo creo. El rencor que antes le tenía, se ha convertido en cariño. Me insinuó también, que quería marcharse al hospital, pero yo no lo he querido consentir. (Llora.) Quizás sea hoy el último día que pase en casa. ¡Dios mío... Dios mío! ¡Se me desgarra el alma sólo en pensarlo!

Juan Niño, a mi modo de ver, allí estaría mejor cuidado, tendría además de las medicinas precisas, los alimentos necesarios.

Adr. (Llorando.) ¡No, señor Juan, no! ¡El hospital le mata! ¡En cuanto entre en él se muere de pena... (Arrecia el llanto.) y yo sin él, no quiero vivir! (Se tapa la cara con las manos.)

Juan (Rodeándole el cuello con un brazo.) Vamos, Adrián, no llores. Eres ya un hombrecito y tienes que irte acostumbrando a las vicisitudes de la vida. Nuestra existencia es una lucha constante y precisa tener valor.

Adr. El valor no me falta, por el contrario, tengo más del necesario. Yo lo sufriría todo: penalidades, hambre, miseria, sin proferir una sola queja, pero no puedo ver sufrir a la persona para mí más querida, a la que quiero tanto como a Dios, (Llorando.) y el

pensar que se muere, me anonada, me aniquila.

Juan ¡Pero hijo mío, es que tú das como un hecho consumado, esa desgracia probable! Consuélate y pide a Dios ayuda y protección. Pídeselo también a la Virgen, que de seguro escuchará tus ruegos. No se la invoca nunca en vano. Es el consuelo de los desgraciados, el amparo de los desvalidos.

Adr. A ella especialmente dirijo todas mis oraciones y siempre, al terminar, siento un gran alivio.

Juan Haces bien; reza y confía en Dios. (Mirando a primero derecha.) Por allí viene Mateo.

Adr. (Enjugándose las lágrimas.) Cambiemos de conversación, no quiero hacerle sufrir.

ESCENA III

JUAN, ADRIÁN y MATEO

Mat. (Jadeante cruza la escena y al ver a Adrián se detiene.) ¡Uff!... ¡Vengo echando el bofe! (Cogiendo a Adrián por un brazo.) He corrido mucho para estar de vuelta pronto. Buenos días, señor Juan. ¿Qué, se viene al banquete?

Juan Sí, hijo mío.

Adr. Mucho has debido correr a juzgar por lo poco que has tardado.

Mat. No me he detenido más que el tiempo necesario para *pulir* las *colasas.* Por cierto que vengo furioso. ¿A que no te figuras lo que han dado por el saquito de tabaco?

Adr. ¡Quién sabe! ¿Un par de pesetas?

Mat. ¡Narices!... ¡No te remontas tú poco!

Adr. ¡Es que había mucho!

Mat. Pues así y todo no me dieron más que ochenta céntimos.

Adr. (Con pena.) ¡Poco es!

Mat. Bien mal pagadas están las *jorobas* que tuvimos que hacer ayer, para reunir tanto tabaco. Precisamente he venido pensando por el camino, en que tenemos que buscar otra industria que nos produzca más, porque, chico, la de las colillas, se halla como ellas, por los suelos, y no podemos echar coche

ganando ochenta céntimos diarios entre los dos, a cuarenta por *barba.*

Adr. De los cuales te guardarás tu parte. No quiero que se repitan hoy las escenas de estos días pasados. No he de permitir que te pegue tu padre por no llevarle dinero.

Mat. No pienses en eso. Si ochenta céntimos te parecen poco, menos son cuarenta, y con ellos no hay para nada. Tú no te apures por mí. Los golpes no me hacen daño, estoy muy acostumbrado a ellos, y unos cuantos más o menos no me harán mella.

Adr. A pesar de tus palabras yo no lo puedo consentir. ¡Ay, Mateo! ¿Cómo y cuándo te pagaré lo que estás haciendo por mí?

Mat. En seguida, si correspondes con la moneda que yo te proponga.

Adr. ¿A ver?

Mat. Queriéndome mucho... con un cariño igual al que yo siento por ti.

Adr. (Abraza a Mateo.) ¿Puedes dudarlo siquiera?

Juan (Enternecido.) ¡Criaturitas! ¡Sois capaces de conmover a una roca! Tenéis unos corazones hermosos, muy dignos de mejor suerte.

Mat. ¿Pagarme tú? Déjalo, que ya lo harás cuando mejoren los tiempos; cuando seamos hombres y con nuestro trabajo podamos agenciarnos lo necesario para la vida. Entonces seremos felices y quedaremos resarcidos con creces de estos malos tiempos. Seré ademas independiente, no viviré ya con mi padre, cuyo corazón más que de ser humano, es de fiera.

Adr. Si Dios nos conservase siquiera al mío hasta que fuésemos mayores, para que te protegiera contra él, como lo ha venido haciendo desde hace años... ¡Desgraciadamente no sucederá así .. porque se muere!. .

Mat. (Con cómica autoridad.) Te prohibo que te pongas triste... El señor Andrés, o mejor dicho nuestro padre, vivirá, no me cabe duda de lo que afirmo.

Adr. Yo en cambio no lo creo. ¡Está muy malito el pobre! Por lo pronto es su deseo marcharse al hospital, para tener las medicinas y los alimentos, que nosotros no podemos proporcionarle.

Mat. Aunque con sentimiento tengo que darle la razón.

Adr. Si yo también así lo comprendo, mas preveo, que cuando se vea solo en el hospital, lejos de nosotros, se nos muere.

Juan Hijo mío, hay que inclinarse ante el destino y confiar en Dios.

Mat. Dice muy bien el señor Juan. No hay que perder la esperanza. (Se oye a lo lejos el sonido de la corneta que toca a rancho.) ¡Ea! Que llaman a la *bucólica*. Vé, Adrián, y ponte en fila, no sea que nos quedemos hoy *aspergis*. Somos muchos a comer y muy poca la comida.

Adr. ¿Y tú, no vienes?

Mat. ¿Para qué? Yo aquí te espero. Cuando te hayan llenado la tartera, puedes anunciarme (Hace una reverencia.) que la mesa está servida.

Adr. Vámonos, señor Juan. (Juan y Adrián salen por el segundo derecha.)

ESCENA IV

MATEO

(Mirando a Adrián.) ¡Mecachis!... ¡Mecachis... y mecachis tres veces! ¡Qué mala *pata* tenemos! ¡Pobre Adrián!... ¡Por supuesto, que me causa compasión y yo sufro tanto como él!... Pero, vamos a ver, ¿por qué no seré yo rico para poder ayudarle? ¡Dios mío, pero cuántas tonterías estoy diciendo!... ¡Si yo fuese rico, no le conocería, y aunque le viera, le miraría con esa indiferencia conque nos miran los hijos de los ricos, y procuraría no acercarme a él por temor a mancharme el elegante trajecito o a que me regalase algún *coracero*. . Y yo me pregunto: ¿qué habremos hecho nosotros para ser tan desgraciados?... ¿Qué delito hemos cometido para no haber nacido ricos, y qué méritos han hecho los que lo son, para haber nacido siéndolo? ¡Nada!... Por más vueltas que le doy, no hallo el por qué de semejante desigualdad, sobre todo en los niños. Yo creo que lo justo sería, que al nacer, le dijesen a uno: Chiqui-

llo o chiquilla, según el sexo, ahí tienes ciento... o... mil, la cantidad no hace al caso. Procura conservarla, y cuando tengas uso de razón, empléala bien, si es que quieres ser feliz. Si por el contrario la derrochas, tuya será únicamente la culpa de tu desgracia... ¡Pero que si quieres!... Mientras que los niños ricos tienen en sus casas todas las comodidades posibles, satisfechos todos sus caprichitos, a su disposición cuantos juguetes se le antojan... nosotros, los hijos de los pobres, tenemos el suelo por cama, por comida las sobras del rancho de un cuartel, y por juguetes, (Con ironía.) ¡ah, por juguetes! la vara de fresno con la que nos atormentan, cuando no llevamos a nuestras casas el dinero necesario, para satisfacer los vicios o la avaricia de nuestros padres. Esto es lo que a mí me sucede precisamente. Lo malo es que tenga uno que resignarse a semejante vida. ¡Ah! Si sólo se tratase de mí, nada me importaría; yo a todo me resigno, para mí todo está bien... Pero se trata de Adrián y del señor Andrés. Para ellos pido, para ellos trabajaría hasta sucumbir. Soy agradecido y no puedo dejar de hacer lo posible por un hombre a quien tanto debo, que me ha enseñado cuanto sé; a leer, a escribir, a ser honrado y religioso. ¡Pobrecito! Tendré presentes toda la vida aquellos ratos en que por la noche, después de volver de su trabajo, pasaba a nuestro lado enseñándonos cuanto sabe, gozando con nuestros progresos; y aquellas tardes tan deliciosas de los días festivos, en que como recompensa a nuestra aplicación, nos llevaba de paseo y nos compraba naranjas y golosinas. No, esto no lo podré olvidar nunca... ¡Parte el alma pensar que se muere por falta de dinero!... ¡Yo no puedo de ningún modo resignarme a semejante desgracia... y como es indispensable... lo tendré... aunque tenga que cometer una mala acción... aunque tenga que robarlo!... ¡Creo que Dios me perdonará, teniendo en cuenta mis buenas intenciones!... ¿Pero dónde? ¿Cómo? (Con los brazos cruzados y pensativo se queda recostado en primero derecha, hasta que el diálogo lo indique.)

ESCENA V

MATEO, INFANTES y GUEVARA

Inf. (Por segundo derecha. De uniforme.) ¡Si parece increíble!

Guev. (De uniforme.) Y no lo es. Te aseguro que no conozco las tales reformas del nuevo ministro, y es más, preferiría no conocerlas, porque siempre traen tras ellas perjuicios de importancia.

Inf. A este como a sus antecesores, le ha entrado la manía de variarnos por completo el uniforme; como si el traje influyera en el valor del soldado. Entérate, que es muy curioso el tal decreto. ¿Tienes algún periódico del día?

Guev. No, pero pronto se puede comprar. (Mira a su alrededor, ve a Mateo y le llama.) ¡Chist!... ¡Ven aquí, muchacho!...

Mat. (Acercándose.) ¿Me llama usted?

Guev. Sí. ¿Quieres ir a comprarme un periódico de hoy?

Mat. Ya lo creo; con mucho gusto.

Guev. (Mete la mano en el bolsillo del pantalón, y al retirarla con una moneda, deja caer un tarjetero sobre el cual pone Mateo el pie para ocultarlo.) Toma esta peseta. (A Infantes cogiéndole del brazo.) Vamos a sentarnos hasta que vuelva.

Mat. (Con ligereza coge el tarjetero y lo oculta. Aparte.) ¡Quiera Dios que contenga lo que tanto deseo: dinero! (Sale por primero derecha.)

ESCENA VI

GUEVARA e INFANTES

Guev. ¿Te has fijado en la cara tan inteligente que tiene ese muchacho?

Inf. (Sentándose en la mecedora.) Sí por cierto. Desgraciadamente estos niños criados en el arroyo emplean su inteligencia en el mal. Casi me atrevería a asegurarte que no vuelve con la peseta que le has dado.

Guev. (Sentándose.) Mal pensado eres.

Inf. Después de todo, es natural. Estas criaturas se dejan llevar por sus impulsos, y muchas veces la necesidad y las privaciones les arrastran a cometer actos punibles, sin que por ello pueda decirse que tengan el corazón corrompido.

Guev. A mi modo de ver, la sociedad es la verdadera culpable del extravío de estos seres. Los mira con indiferencia, no ocupándose para nada de ellos.

Inf. Es cierto.

Guev. Cuando veo a una de estas criaturas, se recrudecen mis sufrimientos, y me figuro ver en cada una de ellas a alguno de los dos seres queridos, que creo perdidos para siempre.

Inf. Te aconsejo que no pienses en ellos.

Guev. Fácil es decir una cosa semejante; pero es imposible seguir el consejo. ¿Cómo obtener de un padre tan desgraciado como yo que olvide a aquellos hijos que me fueron robados en su más tierna edad, y de los que no he vuelto a saber a pesar de haber gastado una fortuna para encontrarlos? ¿Cómo olvidar que su desaparición fué la causa de la muerte de mi mujer, de aquel ángel de bondad que no pudo sobrevivir a semejante golpe?

Inf. Lo que te ocurrió fué horrible y aún no me lo he explicado satisfactoriamente.

Guev. Yo, sí; y la explicación es sencilla. Como sabes, mi mujer y yo salimos precipitadamente para Sevilla, desde donde nos llamaba mi moribundo padre. Quedó encargado de los niños y de la casa mi criado de confianza, Joaquín. Murió mi padre, y a los quince días regresamos, aterrándonos la ausencia de los niños y del criado. Interrogados los demás sirvientes, dijeron que Joaquín, cumpliendo órdenes recibidas, había llevado a los niños a Sevilla para reunirse con nosotros, al día siguiente de nuestra marcha, cosa que a nadie extrañó. (*Pasándose la mano por la frente.*) ¡Qué momentos aquéllos! No se puede explicar lo que sucedió en mi casa, y nadie comprendió lo ocurrido. No tardé en convencerme de la certeza de mi desgracia, y tuve la explicación palpable. El arca de hierro

había sido forzada y de ella habían sustraído ciento cincuenta mil pesetas en oro y billetes de Banco.

Inf. ¡Terrible golpe!

Guev. Como las desgracias se engranan lo mismo que los eslabones de una cadena, experimenté ocho días después la inmensa de ver morir a mi mujer víctima de una serie de ataques nerviosos, que la hicieron sucumbir.

Inf. Lo incomprensible es no haber encontrado ni rastro de ellos, a pesar de haberse puesto en movimiento a toda la policía de la Península.

Guev. El criminal tuvo tiempo sobrado para escapar, desapareciendo seguramente de España.

Inf. ¿Dónde habrá ido a ocultarse?

Guev. (Enseñando los puños.) ¡Oh! ¡Si yo lo supiese!

Inf. Lo raro de la infamia de aquel hombre fué que se llevara a los niños. Si su deseo era tener dinero, ser rico, con la cantidad robada le hubiese bastado. Los niños, en su huída, debieron servirle de estorbo.

Guev. El canalla tenía bien estudiado el plan. Si él se hubiese escapado sin los niños, su ausencia no hubiera podido pasar desapercibida, se hubiese notado al punto el robo y habría sido perseguido y preso, sin darle el tiempo suficiente para huir. Como, según dijo, nos llevaba a Sevilla a los niños, nadie sospechó. Los de aquí creían que mis hijos estaban en Sevilla, y nosotros tranquilos seguíamos creyendo que se hallaban en Madrid. Hasta nuestro regreso nada se supo, y en los veintitantos días que duró nuestra ausencia tuvo tiempo más que sobrado para ponerse en salvo con toda tranquilidad, abandonando a mis hijos Dios sabe dónde. ¡Ay, hijos míos! Hijos de mi alma, ¿dónde estaréis?

Inf. Confía aún.

Guev. No. Hay seres predestinados a sufrir, y yo soy uno de ellos... (Mirando a la derecha.) Tus presentimientos no se realizan. Ya viene el muchacho con el periódico.

Inf. Me alegro haberme equivocado en la manera de juzgarle y recompensaré su honradez.

ESCENA VII

INFANTES, GUEVARA y MATEO

Mat. (Por primero derecha.) Señorito, aquí tiene el periódico y los noventa y cinco céntimos que han sobrado.

Guev. La vuelta para ti.

Mat. (Con alegría.) ¡Muchas gracias, señorito! No se puede usted imaginar lo que se lo agradezco.

Inf. ¿Cómo te llamas, niño?

Mat. (Aparte.) ¡Qué pregunta!... ¡Dios mío, si me habrá visto coger la cartera! (Alto.) Mateo señorito.

Inf. Bien; pero Mateo... ¿qué?

Mat. Mateo... Nada... Mateo a secas.

Guev. ¿De modo que no conoces a tus padres? ¿No los tienes?

Mat. Tengo padre, si este nombre puede darse al mío, que no me trata como yo veo que todos los padres tratan a sus hijos; no me da más que palos.

Inf. ¿Y qué haces aquí?

Mat. Aguardo a que vuelva mi amigo Adrián, que está con la tartera en la fila para que se la llenen de rancho.

Guev. ¿Así es que no has comido hoy?

Mat. No, señor; y me temo mucho que si las sobras no llegan al sitio donde está Adrián nos pasemos el día en ayunas. No sería el primero. Lo sentiría únicamente por mi amigo.

Inf. Lo que es hoy me propongo que no os ocurra lo que dices, porque te voy a hacer un regalito para que comáis y te compres unas alpargatas. (Señalándole a los pies) Esas están ya algo rotas.

Mat. (Riéndose.) ¿Algo? ¡Señorito, si se ríen por todas partes! (Enseñando un pie.) Voy con los piés en el suelo.

Inf. (Dándole una moneda.) Ten.

Mat. (Con asombro.) ¡Un duro!... Pero...

Inf. Guárdatelo y calla.

Mat. (Con cómica resignación.) Bueno... mil gracias... y ya sàben... si para algo sirvo...

Inf. Adiós, niño. Sólo te encargo que no lo malgastes.

Mat. Pierda cuidado; tendrá excelente aplicación.

Guev. Eso es lo que hace falta.

(Guevara e Infantes entran en el cuartel por segundo izquierda.)

ESCENA VIII

MATEO

(Mira el duro.) ¡Vaya una manera más espléndida de recompensar mi servicio! ¡Mi servicio!... ¡Bueno ha sido el que les he prestado! ¡Les robo una cartera con quinientas pesetas y encima me dan cinco, mejor dicho, seis más de propina! Estoy convencido de que nc se puede ser honrado en este mundo y lo prueba el que hasta que no he dejado de serlo no me ha favorecido la fortuna... Por algo dice el refrán que todos los granujas tienen suerte... ¡Y qué suerte la mía!... (Con precaución, y después de mirar a su alrededor, saca la cartera y de ella un billete de Banco.) ¡Soy dueño de un tesoro! ¡En este papelito está quizás la salvación del señor Andrés! (Guarda el billete en la cartera.) ¡Qué contento se va a poner Adrián cuando lo sepa!

ESCENA IX

MATEO y ADRIAN

Adr. (Que se ha acercado a Mateo sin ser visto, le pone una mano en el hombro.) Ya estoy de vuelta, Mateo.

Mat. (Se asusta, da un paso atrás y se guarda precipitadamente la cartera.) ¡Canastos!... ¡Qué susto acabas de darme!

Adr. ¿Te has asustado? ¿De qué? ¿Acaso estabas haciendo algo malo?

Mat. (Titubeando.) No... Pero... me... pillaste tan descuidado.

Adr. No comprendo el por qué de tu sobresalto. En fin, ya me lo explicarás si quieres. An-

tes vamos a dar fin de esta bazofia, porque me estoy muriendo de necesidad.

Mat. (Con repugnancia.) ¡Comer eso!... ¿Hoy?... ¡No será verdad!

Adr. ¿Qué dices?

Mat. Sencillamente que hoy no comeremos rancho, ¿lo quieres más claro?

Adr. Sí. ¿Por qué?

Mat. Porque... (Titubeando.) Pues... que... (Aparte.) ¡No me atrevo a decírselo!

Adr. Acabarás de explicarte.

Mat. (Aparte.) Pecho al agua. (Alto.) Te lo voy a decir en pocas palabras. Porque somos ricos.

Adr. (Mirando a Mateo con asombro.) Mateo, ¿te has vuelto loco?

Mat. (Saca el tarjetero.) No, a Dios gracias.

Adr. ¡Acaba, por favor!

Mat. (Enseñando la cartera a Adrián.) ¿Ves esta cartera? Me la acabo de encontrar. Contiene una fortuna... Quinientas pesetas, según reza un billete que hay dentro, y cuyo escrito me he aprendido de memoria, a pesar de no haberlo leído más que una vez. Verás. (Con tonIquete de escuela.) El Banco de España pagará al portador...

Adr. (Cortando la frase a Mateo y mirándole recelosamente.) ¡Mateo!... ¡Mateo!... Tú me engañas. ¡Has debido cometer una mala acción!

Mat. Te juro...

Adr. (Interrumpiéndole.) ¡No mientas! Lo leo en tus ojos... Tu temor así lo indica... ¡Dime, por Dios, la verdad! Tú no puedes ni debes engañarme.

Mat. (Con resolución.) Lo vas a saber todo; pero antes contéstame a unas preguntas. Di, Adrián, ¿verdad que en este mundo tenemos que luchar para vivir?

Adr. ¡Qué duda cabe!

Mat. ¿Verdad que debemos defender la vida?

Adr. Es natural.

Mat. Bien. Pues yo, para defender la del señor Andrés, para que no se muera sin médico, sin alimentos, sin medicinas; para que sus sufrimientos tengan fin... he. . ro... bado esta cartera, cuyo contenido ya sabes cuál es.

Adr. (Llorando.) ¡Mateo, qué bueno eres!... ¡Tú has hecho eso... por mi padre solamente! ¡Dame

un abrazo! (Le abraza.) Ahora entrégame la cartera.

Mat. (Dándole la cartera.) Toma.

Adr. (Después de guardarla.) Vámonos.

Mat. ¿A dónde?

Adr. (Señalando al bote de rancho.) ¿A dónde ha de ser? A sentarnos donde siempre, para comernos esto.

Mat. (Con extrañeza.) ¡Oye, oye; yo sí que me temo que te hayas vuelto loco!

Adr. Tranquilízate; estoy en mi sano juicio. Voy a convencerte de que obro cuerdamente... El dinero que has... que te has agenciado, ha de servir para emplearlo en algo más provechoso que en darnos un festín; festín que tendría por final el dar con nuestros huesos en la cárcel.

Mat. Comprendido. Claro, si alguien nos viese con tanto dinero, sospecharía de su procedencia y.,.

Adr. No hagas comentarios y vamos... a comernos esto, qus se está enfriando.

(Se acercan al primero derecha, se sientan en el suelo y después de sacar del bolsillo unos mendrugos y unas cucharas de madera empiezan a comer.)

Mat. (A la segunda cucharada.) ¡Qué asco!... ¡Sabes que está malísimo! (Llevándose la mano a la garganta.) ¡Si rasca al pasar!

Adr. ¡Delicado estás hoy! Yo, en cambio, lo encuentro superior. (Pausa.) Hablando de otra cosa. Dime, ¿a quién has quitado la cartera?

Mat. (Tosiendo.) ¡Ya... ya... ya te lo diré luego!

Adr. Es que tengo interés en saberlo ahora.

Mat. ¿Sí, eh?... Pues ten paciencia, que ahora no puedo; tengo la boca llena. A mi vez te ordeno que comas y calles. Después, con más calma, hablaremos detenidamente.

(Comen en silencio.)

ESCENA X

DICHOS, TOMAS y RAMON

Ramón (De uniforme. Marcado acento andaluz. Al salir por el segundo izquierda da con el pie un fuerte golpe en el suelo.) ¡Cuidiao que tengo una zombra perra! A ezo no hay quien me gane.

Tomás (De uniforme.) Después de todo, lo que te pasa no es tan grave para que tanto te lamentes.

Ramón ¡Ezo cree tú; pero miá que tené que il ágora na meno que dende aquí ar Pasífico, tan zólo por un caprichito de mi comandante!

Tomás Algo lejos está, pero no se trata de ir al fin del mundo.

Ramón No, zi a mí no me molezta er que ezté má o meno lejo. Lo que m'hase daño e la hora en que me manda a llevá ezta mardesía carta.

Tomás ¿Tenías algo que hacer por la mañana?

Ramón Vaya, pue ya lo creo. Na meno que il a recogé la ziza que to lo día me guarda mi Pazcuala.

Tomás Creo que será considerada y que si no vas hoy mañana te dará el doble.

Ramón Eztá mu equivocao. Er día que no jasemo la compra junto, no me da ni un séntimo, é condisión estipulá entre nozotro.

Tomás Con un poco de maña la ablandarás.

Ramón Ni te digo que zí ni que no; pero yo zoy de los qu'opinan que vale má un pájaro en la mano que sien millone d'ello volando.

Tomás Puedes salirla al encuentro.

Ramón E el único remedio que me quea, por má que a la hora qu'é no zé zi la encontraré. Hoy han venío tarde lo amo.

Tomás Han debido entretenerse en alguna parte.

Ramón Güeno, to zerá tardá en gorvé un poquito má e lo debío. La dizculpa está juztificá; porque, camará, pa il ar Pasífico hase farta tomalo con carma pa no yegá arterao. (Sale lentamente por el segundo derecha.)

ESCENA XI

MATEO, ADRIAN y TOMAS

Tomás (Viendo a Mateo y a Adrián.) ¿Cómo vosotros por estos andurriales?

Mat. Aquí estamos, Tomás.

Tomás Me alegro veros, porque así sabré de mi madre. ¿Habrá ido al río?

Adr. Sí. Al salir yo esta mañana de casa la en-

contré en el descansillo de la escalera y la ayudé a cargarse el talego de ropa, que por cierto pesaba bastante.

Tomás — Si reniego del servicio militar es porque no puedo ayudarla. Gracias a que voy a cumplir pronto y haré que la pobre vieja no trabaje más y que se lleve una vida de reina. ¿Y el señor Andrés, cómo está?

Adr. — Lo mismo.

Tomás — Si mi comandante me da luego permiso para ir a ver a mi madre, pasaré a saber cómo sigue.

Mat. — Tu amo te concede todos los permisos que le pides; debe ser muy bueno.

Tomás — Sí que lo es; pero me trae mareado. Tiene siempre la cabeza a pájaros; se le olvidan las cosas con la mayor facilidad, hasta el punto de que el refrán ese que dice que el que no tiene cabeza, tiene que tener piés, lo voy yo a reformar de este modo: *A amo sin memoria, por criado un galgo.* Ahora mismo voy a su casa a recoger una carterita que, con quinientas pesetas dentro, ha debido dejarse olvidada.

Adr. — (Sobresaltado.) ¡Ah!

Mat. — (Tose muy fuerte para que no se oigan las palabras de Tomás.) ¡Ejem! ¡Ejem!

Tomás — (A Mateo.) ¿Qué te pasa?

Mat. — Nada. Que se me ha debido atravesar... un pedazo de patata.

ESCENA XII

ADRIAN, MATEO, TOMAS, INFANTES y GUEVARA

Tomás — (Al ver a Guevara, que sale del cuartel.) ¡Uy! ¡Mi comandante!

Guev. — (Al ver a Tomás.) ¡Pero, hombre, aún estás aquí, a pesar de haberte encargado que me corría prisa!

Tomás — (Cuadrado militarmente.) Mi comandante, vivimos muy cerca, y en dos saltos voy y en otros dos vuelvo. (Sale segundo derecha.)

ESCENA XIII

ADRIAN, MATEO, INFANTES y GUEVARA

Guev. Esperaremos aquí hasta que vuelva mi asistente. ¿Quieres leer el periódico para pasar el rato?

Inf. No. Estoy entretenido en otra cosa.

Guev. ¿En qué?

Inf. En contemplar ese cuadro.

Guev. ¿Cuál?

Inf. El que forman el niño de antes, que con su amigo comen, o mejor dicho, devoran las sobras del rancho.

Guev. ¡Pobrecitos!

Adr. (Levantándose.) ¡Ea! Ya hemos terminado.

Mat. (Se levanta.) Ahora a casita, a enterarnos de cómo sigue el enfermo y a cuidarle.

Adr. En cuanto que vuelvas de la fuente con la tartera y las cucharas limpias, operación que haces todos los días. Anda, que aquí te espero.

Mat. (Con impaciencia.) ¿Y nos iremos en seguida? (Aparte.) ¡Hasta que no me halle a cien leguas de este sitio no estaré tranquilo!

Adr. Claro que sí. No vamos a echar raices aquí.

Mat. Al punto vuelvo. (Sale primero derecha.)

ESCENA XIV

ADRIAN, INFANTES y GUEVARA

Adr. (Cuando Mateo sale se acerca con timidez a Guevara.) ¡Señorito!

Guev. ¿Qué deseas, niño?

Adr. Me acabo de enterar por su asistente, de que ha debido usted dejarse olvidada una cartera en su casa.

Guev. Sí, es cierto, y le he enviado por ella.

Adr. Me figuro que no la traerá, porque ha debido usted perderla.

Guev. ¡Ah! ¡Tú crees eso! ¿Y en qué te fundas?

Adr. En que yo me he encontrado una, que muy

bien pudiera ser la suya. Si me equivocara, fácil le sería a usted deshacer el error. (Enseñando el tarjetero.) ¿Vea, es esta?

Guev. La misma.

Inf. (Aparte.) ¡Qué cosa tan rara! Creo que este chico miente. Yo sabré la verdad,

Adr. (Entregando el tarjetero a Guevara.) Puesto que es suya, tómela usted.

Inf. (Aparte a Guevara.) Me parece que juzgué bien al crío de antes.

Guev. (Aparte a Infantes.) ¿Qué dices?

Inf. (Aparte.) Que el tarjetero no lo has perdido, sino que te lo han robado.

Guev. (Aparte.) No puede ser.

Inf. (Aparte.) Lo veremos. Tú escucha y calla. (Alto.) ¿Dime, niño; sabes tú lo que contiene el tarjetero?

Adr. Sí, señor, quinientas pesetas.

Inf. (Coge a Adrián por un brazo y con brusquedad le zarandea.) ¡Mocito, tiene usted mucha escuela, pero yo soy perro viejo y no he de consentir que me engañe un mocoso como usted!

Adr. (Quejándose.) ¡Ay! ¡Por Dios, que me lastima!

Guev. Infantes, ¿qué haces?

Inf. (Sin soltar a Adrián.) Obligar a este crío a que nos diga la verdad, no quiero que nos tome por tontos. (A Adrián.) Este tarjetero le ha sido robado a este caballero esta misma mañana. ¿Es cierto? Dí la verdad, que te tendrá cuenta.

Adr. (Con terror.) ¡Pero sí!...

Inf. (Apretando el brazo a Adrián y sacudiéndole.) No hay pero que valga.

Adr. ¡Ay! ¡Ay! ¡Que me rompe usted el brazo!

Inf. Vamos, confiésalo de una vez o la mentira te costará cara.

Adr. (Con humildad.) Suélteme, que yo se lo diré.

Inf. (Soltando el brazo.) Ya estás suelto.

Adr. (Bajando avergonzado la cabeza.) ¡Pues bien!... ¡Sí señor!... ¡Es cierto!

Inf. ¿Quién se lo ha robado?

Adr. ¡Pero!...

Inf. No volvamos a empezar. ¿Quién ha sido?

Adr. (Con resolución.) Yo.

Inf. ¡Mientes! No has sido tú, y como yo tengo sospechas en otra persona, voy a interrogar a tu amigo, (Señalando a primero derecha.) que

precisamente viene por allí, sin permitirte que hables palabra.

Adr. (Suplicando.) ¡Por favor, señorito!

Inf. ¡A callar!

ESCENA XV

ADRIÁN, INFANTES, GUEVARA y MATEO

Mat. (Al ver el grupo formado por Infantes, Adrián y Guevara, quédase parado, volviéndoles la espalda. Aparte.) ¡Adrián hablando con los señores de antes! ¿Qué les dirá?

Inf. (A Mateo.) ¡Oye, mocito!... Acércate.

Mat. (Con timidez y volviéndose a medias.) ¿Me dice usted a mí?

Inf. Sí. ¿A quién ha de ser?

Mat. (Acercándose muy despacio.) ¿Qué desea usted?

Inf. Escucha bien lo que te voy a decir. En los bolsillos de tu amigo hemos encontrado, al registrarle, un tarjetero que le han robado hoy a este caballero.

Mat. (Sobresaltado.) ¡Ah!.. (Aparte.) ¡Dios mío!

Inf. Por confesión propia hemos sabido que él se lo ha robado.

Mat. (Con asombro.) ¡El ha dicho eso!

Inf. Como se trata de un niño, nada hemos de resolver hasta que veamos a alguna persona de su familia. Avisa tú a sus parientes para que vengan al cuartel, donde este tunante quedará detenido preventivamente.

Mat. ¿Ha dicho que ha sido él?

Inf. Basta de preguntas. Yo no miento nunca.

Mat. (Con resolución.) Usted no mentirá, pero mi amigo sí.

Inf. Es inútil que trates de disculparle. Rotundamente lo ha dicho.

Mat. Pues a pesar de todo ha mentido, y se convencerá usted de ello si le digo, que quien ha robado el tarjetero he sido yo.

Guev. ¡Vamos, eso quiere decir que lo habéis robado entre los dos!

Mat. (Con viveza.) No, no señor, yo solo. Creo que mi amigo no se atreverá a dejarme por embustero.

Guev. (Aparte.) No lo entiendo.

Inf. (A Adrián.) ¿Es cierto lo que dice tu amigo?

Mat. El no deshará la mentira, le conozco muy bien; pero con pocas palabras le demostraré que he sido yo.

Guev. (A Mateo.) ¿Cómo te has arreglado para quitármelo sin que yo lo haya podido notar?

Mat. No hice tal. Ocurrió que al sacar usted el dinero del bolsillo para que yo comprara el periódico, se le cayó al suelo, yo lo tapé con el pie, lo recogí después y se lo entregué a a mi amigo, porque así me lo exigió.

Inf. Bien, ahora te creo. ¿De modo que tú eres el ladrón?

Adr. (Llorando.) ¡Por Dios, señorito, no le dé usted ese nombre, no lo merece!

Guev. Al que roba ningún otro le cuadra mejor.

Adr. (Enternecido.) Yo le aseguro, caballero, que en su caso, lo que ha hecho es disculpable... Ha robado porque tiene muy buenos sentimientos, ha robado para mí, (Llora.) o mejor dicho: para poder salvar la vida de la única persona querida que tenemos en el mundo; la de mi pobre padre, que está tan enfermo que se halla a las puertas de la muerte; ha robado para proporcionarnos por este medio el dinero que, trabajando, no podemos ganar y que su enfermedad exige para que tenga médico, alimentos y medicinas, para no tener que separarnos hoy de él mandándole al hospital. (Con sollozos que apenas le permiten hablar.) Yo, caballero, no he querido quedarme con el dinero... No... No he querido que lo mal adquirido sirviese para remediar nuestra desgracia. Prefiero mil veces la muerte de mi padre y la mía, al peso que en mi conciencia dejaría una acción semejante. (Pausa.) En esos principios me educó mi moribundo padre; (Llora.) por eso he devuelto el tarjetero, por eso he deshecho el mal. (Suplicante y lloroso coge y besa la mano de Guevara.) ¡Perdónenos usted, señorito!... (Con voz mimosa.) ¡Usted debe ser muy bueno! ¡Hágase el cargo de nuestra situación!... Además, es tan dulce el perdonar... ¡Olvídelo!

Guev. (Conmovido.) ¡Olvidarlo!... No... Escenas como estas no se olvidan nunca. (Besa a Adrián.) Este beso que te doy, (Besa a Mateo.) y este

otro a ti, son la prueba de que quedáis per donados. Es muy difícil encontrar unos corazones tan hermosos como los vuestros, envueltos entre harapos.

Adr. (Besándole una mano.) ¡Qué buenos sois!...

Mat. (Besando la mano opuesta a la que tiene cogida Adrián.) Dios os lo premiará.

ESCENA XVI

ADRIAN, MATEO, INFANTES, GUEVARA y TOMAS

Tomás (Saliendo segundo derecha.) Mi comandante, no he encontrado el tarjetero.

Inf. Claro, imposible era que tú lo hallases, se lo había...

Guev. (Cortándole la palabra.) Metido en el bolsillo sin darme cuenta.

Tomás (En jarras y dando golpecitos con el pie. Aparte.) ¡La distracción número ciento siete de la mañana!...

Guev. Tomás, me parece haberte visto hablar con estos niños. ¿Los conoces?

Tomás Sí, señor; viven en la misma casa que mi madre, en el cuarto de al lado. Por cierto que el padre de éste (A Adrián.) se está muriendo. ¡Ay!... ¡Mi comandante, si usted pudiera hacer algo por el, cuánto se lo agradeceríamos todos!

Guev. Desde este momento soy su protector.

Adr. ¡Cómo pagaros tanta bondad!

Guev. Obedeciéndome. (Da a Adrián un billete de Banco.) Toma cien pesetas para que te proporciones en seguida cuanto el enfermo necesite. (Da a Adrián una tarjeta.) Además, en esta tarjeta están las señas de mi domicilio y si se os ocurre algo vais a buscarme sin ningún reparo, por más que yo no he de tarda en ir a vuestra casa a haceros una visita y a enterarme del estado del enfermo; quizás esta misma mañana. ¿Vamos, Infantes?

Inf. Cuando quieras. (Infantes, Guevara y Tomás entran en el cuartel.)

ESCENA XVII

ADRIAN y MATEO

Mat. ¡Arián!

Adr. ¡Mateo!

(Abren los brazos, y llorando, se precipitan el uno en los del otro. Rato de silencio, durante el cual, permanecen abrazados con las cabezas apoyadas; Adrián en un hombro de Mateo y Mateo en el contrario de Adrián.)

Mat. ¡Qué bueno eres!

Adr. ¡Más lo eres tú!

Mat. (Con voz mimosa.) ¿Me perdonas lo que he hecho?

Adr. Ya lo creo; pero te ruego que no vuelvas a emprender ese camino; Dios protege siempre a los buenos. El dinero mal adquirido es como la mala semilla: no puede producir buen fruto.

Mat. Palpablemente lo he visto. Tu honradez nos ha salvado, puesto que por tu generosa acción tenemos dinero y lo que es aún mejor, hemos encontrado un protector.

Adr. ¡Y con un corazón tan noble como el suyo, sólo Dios sabe hasta dónde puede llegar su protección! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Casa pobre. Una puerta en cada lateral y otra en el foro. Mesa de pino en primero derecha, seis sillas y un baúl viejo en un rincón.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO, sentado en una silla, cuenta el dinero que tiene sobre la mesa

Quince y dieciséis duros, que en otros tiempos hubiese cambiado por una onza de oro; onza que al punto habría aumentado el buen número de las que escondidas tengo. ¡Quinientas dos peluconas, cuyo brillo y cuyo sonido regocijan mi corazón! No me canso de mirarlas; me pasaría la vida contemplándolas y contándolas. No siento el mismo cariño por los billetes de Banco, porque me proporcionan más inquietudes. La humedad los estropea y... ¡sólo el pensarlo me produce escalofríos!... ¡Un inocente ratoncillo puede dar al traste con una fortuna! ¿Quién me había de decir aquella mañana en que me hallaba trabajando en el campo, que no había de llegar la noche sin ser rico? ¿Que se iban a cumplir mis ambiciones de toda la vida? ¿Que podría enterrar mis manos en el montón de oro que me dió aquel desconocido, que se acercó a mí acompañado de un niño que llevaba de la mano? ¿Cómo pensar que me llevaba una fortuna?

En un principio le miré con recelo. Para el que ha cometido una mala acción, todo es sospechoso, y yo, por tener oro, he cometido muchas y las seguiré cometiendo, siempre que me sean productivas. ¡Qué pronto nos comprendimos! Debía ser también un pájaro de cuenta. Pocas palabras mediaron; nos bastó una mirada. Doscientas onzas de oro me entregó para que me hiciera cargo de aquella criatura, que apenas tenía tres años, y cuyo delantalito de percal recién comprado debía ser un disfraz. Me puso como condición única que desapareciera aquel mismo día del pueblo con el niño, lo que hice por la tarde, después de recoger mis ahorros. Por cierto que me reprocharé toda la vida mi torpeza de aquel día. El desconocido me hubiese dado más dinero al habérselo exigido, porque según pude ver después, el niño debía ser hijo de algún potentado; al menos así lo indicaba la cruz de brillantes, que pendiente de una cadenita, llevaba en el pecho; cruz que guardo con respeto porque soy supersticioso, y no me he atrevido a venderla temiendo que el dinero que por ella me dieran me trajera desgracia. Es la herencia que reservo a Mateo. ¡Y cómo ha crecido el muchacho! Lo malo es que las esperanzas que en él tenía fundadas se han desvanecido. Es un haragán que se niega a trabajar y no podré llevar a cabo la explotación que de su trabajo pensaba hacer. Yo voy siendo ya viejo y necesito descansar, para lo cual he pensado marcharme de Madrid, abandonando a Mateo a sus propias fuerzas y vivir tranquilo en un pueblo ignorado, no sin haber castigado antes como merece su rebeldía.

ESCENA II

ANTONIO y ANDRÉS

And. (Desde dentro, primero derecha.) ¡Señor Antonio!

Ant. (Guardando el dinero.) Me llama el enfermo. (Se acerca a la puerta de la derecha.) ¿Qué desea usted, señor Andrés?

And. (Dentro.) Que haga usted el favor de ayudarme a salir.

Ant. Ahora mismo. (Entra y saca cogido del brazo a Andrés.) ¿Cómo se encuentra usted?

And. (Anda muy despacio arrastrando los piés y habla trabajosamente,) ¡Mal, señor Antonio! Esta fatiga me mata, no me deja descansar un momento y me impide estar en la cama. ¡Creo que acabará conmigo!

Ant. (Ayudando a Andrés a sentarse junto a la mesa.) ¡Animo, es usted muy aprensivo y el miedo le hace ver su estado mucho más grave de lo que es en realidad! (Coge una silla y se sienta a su lado.)

And. Nunca he sabido lo que es el miedo... Créame que después de todo, si no fuera por Adrián, la muerte sería lo mejor que pudiera ocurrirme. Esa criatura hace que yo ame la vida.

Ant. ¡Siempre lo mismo! ¡Siempre pensando en él, trabajando para él, prestando tanto a Mateo como a Adrián una protección perjudicial, a la cual ellos corresponden bastante mal! No son dignos de los sacrificios que por ellos hacemos.

And. Es injusta la manera que tiene usted de juzgarlos... Mi Adrián no puede ser mejor, y Mateo no merece tampoco que se le censure. Le maltrata usted con una frecuencia rayana en la crueldad.

Ant. Es un holgazán, un pillete, que se ha propuesto vivir sin trabajar y lo poco que gana, no sé en qué lo malgasta. Estoy muy harto de él.

And. Exagera usted mucho.

Ant. Además, no me tiene ningún cariño, usted es la única persona a quien él quiere, y lo comprendo, porque siempre disculpa su mal proceder y le ampara cuando le voy a castigar.

And. Como que es un niño, y mientras que con dulzura todo se consigue de ellos, con la fuerza nada se logra, es contraproducente.

Ant. Por eso, porque es un niño hay que educarle. El árbol desde pequeño se endereza.

And. Después de todo, no sé que puede haber en su conducta que tan reprochable sea.

Ant. ¿Es poco acaso el que malgaste cuanto gana? De esto no me cabe la menor duda. Hace ya algunos días que no me entrega ni un céntimo del dinero que se agencia. Que él busca de donde sacarlo, es también cierto. Yo no le doy de comer y él sin comer no se pasa, y si viene aquí a dormir, es por temor, no a mis palos, sino a sus reprensiones de usted.

And. Con lo cual acaba usted de confirmar mis palabras de antes, que con cariño se consigue más que con golpes. Además, bien mirado, ¿qué dinero pueden ganar los pobrecitos?

Ant. Muy poco, lo sé, pero algo sí, y como quiero darle una prueba de que tanto Adrián como Mateo llevan siempre dinero encima, en cuanto vengan, se lo demostraré palpablemente.

And. Adrián, si se lo agencia, lo emplea bien. Desde que estoy enfermo, y ya va larga la fecha, no lo gano, y a mí no me faltaron ni un solo día el caldo y la leche necesarios para irme sosteniendo. La señora Ambrosia, la portera, me dijo ayer al darla las gracias por la generosidad de que venía dando pruebas, que a ella nada tenía que agradecerle puesto que Adrián le entregaba, como término medio, una peseta diaria para estas atenciones. ¡Créame, se me saltaron las lágrimas!... (Llora.) ¡Pobrecito mío!

Ant. Si Mateo procediera lo mismo, viviríamos en la gloria y no recibiría los infinitos palos que le doy.

And. Palos injustos, que por mi mal estado menudean más que nunca. Yo le aseguro a usted que si mis fuerzas me lo permitieran, habrían de tener pronto fin. No puede usted imaginarse lo mucho que me hace sufrir, cada vez que maltrata a Mateo, y como no quiero que continúe empleando esos medios violentos, he pensado la forma de desterrar la crueldad de esta casa, y que de seguro, ha de dar buen resultado.

Ant. (Con ironía.) ¡Sí, eh! Pues madúrela usted bien para ponerla hoy en práctica, porque como no me entregue dinero, los palos que le voy a dar van a ser superiores.

And. Lo haré como usted cumpla lo que dice.. Yo le aseguro...

Ant. (Cortando la palabra a Andrés.) Mire, señor Andrés, hace ya muchos años que me salieron los dientes y por lo tanto no admito consejos ni sermones de nadie. Así es que, por no oir a usted, me marcho. Hasta luego. (Sale por la izquierda.)

ESCENA III

ANDRÉS

¡Cómo se aprovecha el infame del triste estado en que me encuentro! ¡Cobarde! Sí, ese nombre merecen los que valiéndose de la fuerza abusan de los débiles. Y aquí todos lo somos; yo por mi enfermedad y los niños por sus pocos años. Lo acierto es que con los disgustos que ese hombre me da a diario, no mejoro. Creo que teniendo tranquilidad me curaría. Si ese desnaturalizado padre, llevase a cabo las amenazas que con tanta frecuencia emplea para amedrentar al niño, si le abandonara, yo me haría cargo de él. Pero... ¿y si quedo inútil para el trabajo? ¿Cómo mantener a dos, si el hacerlo con uno me ha de ser muy difícil? ¿Qué va a ser de ellos si, como es lo prudente, yo tengo que abandonar esta casa para ir al hospital?... ¡Dios mío, iluminadme!... Yo podría sin el menor reparo, sin el menor escrúpulo de conciencia, emplear una pequeña cantidad en... No lo haré... No sé si la conducta que observo es meritoria o si el exceso de celo me hace cometer una infamia... ¡Dejarme morir por carecer de todo!... ¡Hacer pasar al pobre Adrián hambre, frío, miseria, cuando me bastaría decir quiero, para vivir en la abundancia! Pero es que ese dinero no me pertenece... Quizás esté manchado con sangre. «Encargaos de este niño y del dinero que contiene esta cartera... hay mucho... pero... es el producto de un crimen.» Me dijo el moribundo. «Pertenece al padre de esa criatura.» Y a pesar de los esfuerzos que hizo para seguir explicándose,

no pudo y la muerte selló para siempre sus labios. Yo oculté la cartera, aprohijé al niño, y en cuanto tuve ocasión deposité en el Banco las ciento veinticinco mil pesetas que contenía, jurando antes solemnemente no hacer uso del dinero, por difíciles que fuesen para mí las circunstancias de la vida. Un deber sagrado es para mí entregárselo íntegro cuando llegue a la mayor edad, sin mermárselo en un solo céntimo. Estas dudas y el temor de que de un momento a otro pueda yo faltarle, amargan mi existencia. Adrián quizá ganase con mi muerte. El notario que tiene mi testamento cumpliría cuanto en él ordeno y el niño viviría en la abundancia. ¡Qué cansado me siento! (Apoya el codo en la mesa y la cabeza en la mano.) ¡Esta lucha es superior a mis fuerzas! ¡Me rinde el sueño! ¡Si pudiera descansar un rato! ¡Dicen que el sueño... es buen consejero... y Dios me... iluminará. (Se duerme.)

ESCENA IV

ANTONIO y ANDRÉS

Ant. (Por la izquierda.) ¿Se le ha pasado ya el mal humor? No me contesta. (Se acerca a Andrés.) Está dormido... Me alegro, porque lo necesita. ¡Pobre hombre! Yo, a pesar de todo, le quiero de veras. ¡Pero es tan raro!... En mi interior demasiado comprendo que tiene razón... Pero si mi hiciera de miel, me comerían entre todos. Mal rato van a pasar cuando se enteren que he cumplido mis amenazas, que me he marchado de Madrid, abandonando a Mateo a sí propio. Este buen hombre se encargará de él. No creo que el muchacho vaya perdiendo en el cambio. Lo malo es la delicada salud del señor Andrés, pero puesto que tanto se quieren, que se ayuden mutuamente. (Escuchando.) Oigo pasos en la escalera. Indudablente son los chicos que vuelven a casa. Les dejaré el campo libre para que sus corazones se expansionen, yo entre tanto haré mis preparativos. (Sale por la izquierda.)

ESCENA V

ANDRÉS, ADRIÁN y MATEO

Adr. (En el foro, con alegría.) Ya estamos de vuelta. (Al ver que Andrés está dormido.) ¡Duerme! (A Mateo.) No metas ruido. (Se acerca a Andrés con precaución.)

Mat. (Se acerca a Andrés y le contempla.) ¡Qué bien descansa! Pocas veces, desde que está enfermo, le he visto tan tranquilo.

Adr. ¿Verdad, Mateo, que parece que tiene mejor cara que estos días pasados?

Mat. ¡Ya lo creo, mucho mejor!

Adr. Voy a darle un beso muy despacito.

Mat. (Deteniendo a Adrián.) ¡Ten cuidado, sería una lástima que le despertaras!

Adr. Descuida. Apenas le rozaré la cara con los labios. (Besa à Andrés.)

Mat. (Besa a Andrés.) Yo no he de ser menos.

Adr. Dí, Mateo, ¿qué tendrán los besos, qué hacen, que tanto el que los da como el que los recibe experimenten una sensación inexplicable?

Mat. Qué quieres que te conteste, si no lo sé. Lo que sí puedo asegurarte, es que cuando veo a una madre que acaricia y besa a su hijo, siento una envidia muy grande. ¡Qué encanto deben tener los besos de una madre! ¡Cuántas y cuántas cosas deben decir a sus hijos con un beso! Yo como no he recibido ninguno, como ni siquiera he oído hablar de ella, me considero el ser más desgraciado de la tierra.

Adr. En eso nos parecemos; a mí tampoco me la mientan, y aunque en más de una ocasión he querido hablar de ella a mi padre, éste, con un misterio para mí incomprensible, me contestó, que aún no era tiempo de que me ocupase de cosas serias. ¿Qué querrán decir sus palabras?

Mat. Ya lo sabrás algún día. A ti no te ha faltado nunca el cariño de tu padre, supliendo en lo posible el que tu madre te tendría si te conociese. Pero yo... ¡Ay, Adrián, se me parte el alma!... Estoy completamente solo

en el mundo, porque mi padre, no es para mí como todos los padres, es, por el contrario, un monstruo. No he recibido nunca pruebas de cariño de nadie.

Adr. En eso no dices verdad. ¿Te han faltado acaso el de ese pobre viejo y el mío desde que te conocimos?

Mat. Lo confieso, sois los únicos seres que me quieren, y en recompensa también sois los únicos a quienes yo adoro. Y tanto es así, que lo único que me retiene en esta casa es el cariño que os profeso... ¡Si no fuera por vosotros hace ya mucho tiempo, que no había pisado los umbrales de esa puerta!

Adr. Mateo, nos estamos entristeciendo, cuando hoy todo debiera ser alegría. Mi padre está mejor, tenemos dinero, y en vez de pensar en el empleo que debemos darle para la mayor comodidad del enfermo, perdemos el tiempo en lamentaciones, muy ciertas, pero no por eso menos inútiles.

Mat. Es verdad, soy muy egoísta, sólo pienso en mí. Vamos a disponer en seguida lo que es conveniente hacer. Creo que en primer lugar procede bajar a la portería por el caldo.

Adr. Y que hoy estará buenísimo; capaz de resucitar a un muerto.

Mat. Tiene motivos de estarlo. ¡Floja era la gallina que compramos!

Adr. ¡De cinco pesetas, asada y todo para que el trabajo sea menos!

Mat. ¡Y el kilo de jamón!

Adr. ¡Y el de tocino y el de carne!

Mat. ¡Y la docena de chorizos!... ¡Y los garbanzos!... ¡Y el arroz! .. ¡Y los cangrejos!

Adr. ¿Sabes que me parece que hemos comprado comida, más bien que para alimentar a un enfermo, para una boda?

Mat. No te apures, que si sobra aquí estamos nosotros. ¡Menudos dientes tenemos!

Adr. ¿Viste qué cara puso la señora Ambrosia al ver todo aquello?

Mat. Como una furia se puso y nos regañó, porque, segun dijo, nos habíamos metido en camisas de once varas.

Adr. Y qué parados nos quedamos cuando añadió: «*Miste* que traer una gallina *asá p'hacer* caldo!»

Mat. Como que bien pensado tiene razón.

Adr. De lo que podemos estar seguros es de que nos santigua si no le decimos la procedencia del dinero con que hicimos tantas compras.

Mat. Tanto, que tenía ya la escoba enarbolada y dispuesta estaba a descargar sobre nosotros con ella. ¡Vaya una mujer pidiendo cuentas!

Adr. Y aún no se quedó convencida.

Mat. Podemos estar tranquilos.

Ant. (Sale, permaneciendo en el dintel de la puerta sin ser visto por Adrián y Mateo, enterándose de cuanto hablan.)

Adr. Te aseguro que no han de ser menos estrechas las que nos exija mi padre.

Mat. Gracias a ti podemos darle todas cuantas explicaciones quiera. Al que no hay que decir ni una palabra de si tenemos o no tenemos dinero, es a mi padre.

ESCENA VI

ADRIÁN, MATEO y ANTONIO

Ant. (Acercándose bruscamente a los niños.) No necesito que me lo digais, porque como veis, ya lo sé.

Adr. (Asustado.) ¡Ah!

Mat. (Refugiándose detrás de Adrián.) ¡Me he caído!

Adr. ¿Nos estaba usted escuchando?

Ant. (Con acritud.) Chiquillo, yo no tengo que darte explicaciones de lo que estaba haciendo.

Adr. (Despreciativamente.) ¡El escuchar por los rincones y puertas es de ruines!

Ant. ¡Cuidado con la lengua, nene, que te puede costar caro!

Adr. Sus amenazas no me asustan.

Mat. (Suplicando a Adrián.) ¡Por Dios, no le irrites!

Adr. Puesto que nos escuchaba, habrá oído lo que hemos dicho.

Ant. Tan sólo sé que tenéis dinero, lo demás es para mí tan secundario, que no me importa.

Adr. Es cierto, lo tenemos.

Ant. Me alegro, porque ahora mismo me lo vais a entregar.

Adr. ¡A usted!

Ant. ¡Claro! ¿A quién ha de ser? A mí.

Mat. No.

Ant. La resistencia es inútil, sobre todo para ti, Mateo, y hasta para Adrián, porque os moleré a palos.

Adr. Conmigo no se atreve usted y yo impediré que lo haga con Mateo.

Ant. ¿Tú?

Adr. Sí, yo.

Mat. Y yo, que no quiero aguantar más sus malos tratos. Me defenderé.

Ant. (De un salto se acerca a Mateo cogiéndole de un brazo.) ¡Vamos a ver cómo lo haces! (Apretándole y zarandeándole.) ¡Soy el más fuerte y tienes que sucumbir!

Mat. ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Que me rompe usted el brazo!

Adr. (Abalánzase sobre Antonio y le muerde en el brazo opuesto al que tiene empleado en sujetar a Mateo y con la boca tapada y los dientes apretados.) ¡Suéltele usted! ¡Canalla!

Ant. (Al sentirse mordido.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Suelta, víbora. ¡Ay! ¡Que me arrancas la tajada!

ESCENA VII

ANDRÉS, ADRIAN, MATEO y ANTONIO

And. (Al oir los gritos despierta y se pone en pie trabajosamente.) ¿Qué es esto?

Ant. ¡Suelta, fiera! ¡Ay!... (Da un fuerte empujón a Mateo que, tambaleándose, va a caer cerca de Andrés.)

Adr. (Que deja de morder a Antonio cuando ve que Mateo está ya suelto.) ¡Parece que ha cedido usted!

Ant. (Rascándose el brazo.) ¡Bribón! ¡Has debido arrancarme el pedazo! ¡Me las pagarás!

And. ¡Qué es esto, repito!

Ant. (Sin dejar de frotarse el brazo.) Que se confirman las palabras que antes le decía. Estos dos granujas tienen dinero y se niegan a entregármelo.

And. ¿Es cierto lo que dice el señor Antonio?

Ant. (Quiere coger a Adrián.) Lo va usted a ver.

Adr. (Cuadrándose altivamente.) ¡Le prohibo que me ponga las manos encima!

And. (Con energía,) ¡Y yo también!

Ant. ¿Dice...?

And. Que le prohibo que ponga las manos en Adrián.

Ant. ¡Se unen todos contra mí! Está bien, no to-

caré a Adrián; en cuanto a Mateo, ya le ajustaré yo las cuentas.

And. Lo veremos.

Adr. ¡Acuérdese de que no tengo la dentadura picada!

And. Lo primero que hay que hacer es dejar a los niños que se expliquen. Vamos, Adrián, tú no has mentido nunca, dime si tenéis dinero y de dónde lo habéis sacado.

Mat. Lo voy a hacer yo por él y en seguida. El dinero que tenemos, es el pago de un servicio, que ahora no relato, y que hemos prestado a un caballero, servicio que él ha valorado en cien pesetas.

Ant. (Crispando las manos y estirando y encogiendo los dos dos como si quisiera apoderarse de algo.) ¡Cien pesetas!

Adr. Sí, nos ha dado cien pesetas y nos ha ofrecido su protección incondicional.

Ant. (Con tono mimoso y dulzarrón.) ¡Tú, Mateito mío, habrás ayudado a Adrián!

Mat. Sí.

Ant. (Con cariño.) Si te hubieras explicado antes, no hubiese ocurrido nada... De todos modos te perdono, porque veo que has empleado bien el tiempo. No temas, que no te pegaré.

Mat. ¿Cuál es el precio de su perdón?

Ant. Las cincuenta pesetas que a tí te corresponden y que por lo tanto son mías.

Mat. A mí de ese dinero no me corresponde nada, ni un céntimo.

Ant. (Haciendo ademán de saltar sobre Mateo.) ¿Cómo?

Mat. (Refugiándose en el lado opuesto de la mesa junto a Andrés.) Como lo oye.

And. (Conteniendo a Antonio.) ¡No volvamos a empezar! (Se sienta.) Dame el dinero, Adrián.

Adr. (Entrega a Andrés un billete y monedas.) Aquí tiene lo que ha sobrado después de hacer varias compras.

And. (Con desprecio.) ¡Hombre ruin y miserable, digno descendiente de Judas! (Tira el billete) Ahí tiene la parte que puede corresponderle.

Mat. ¡Pero señor Andrés...!

And. (Con autoridad.) ¡Silencio! Lo que yo hago, bien hecho está.

Ant. (Cogiendo el billete.) Doy los insultos por no oídos... y me guardo el dinero.

Mat. ¡Pero si no es suyo!

And. ¡Qué importa, Mateo! Me alegro haber presenciado esta escena, y te aseguro que este hombre no te volverá a martirizar.

Ant. (Riendo.) ¡Ja! ¡Ja! Me río de sus amenazas.

Adr. No, no se ría. Le aseguro que como lo haga, por malos tratos le denunciaré al Juzgado, donde tendrá que dar explicaciones de su conducta. Si es que puede darlas, que lo dudo.

Ant. (Con terror.) ¿Sería usted capaz de hacer lo que dice?

And. No le quepa duda. Testigos que den fuerza a mi denuncia, no me faltarán.

Ant. (En tono conciliador.) Parece mentira, señor Andrés, que me trate usted como lo hace. ¡Qué mal pagado veo el cariño que les tengo! Denunciar a un hombre tan bueno como yo, que no se puede portar mejor con ustedes; que soy siempre transigente...

Adr. Sobre todo cuando tropieza con fuerzas superiores a las suyas, entonces se humilla como un cobarde.

Ant. No seas provocativo, querido Adrián. Yo te aseguro que desde hoy no pegaré a Mateo, porque me voy a marchar de esta casa y no le volveré a ver.

Mat. Inmensa alegría me causa su determinación.

And. (Con severidad.) ¡Niño, habla con más respeto a tu padre! Lo que dice no puede llevarlo a cabo; un padre no puede abandonar a un hijo, ni un hijo a un padre.

Ant. Yo no soy su padre.

Mat. ¿Qué dice?

Adr. ¡Cómo!

And. ¡Que no es usted su padre!

Ant. Repito que no, y como no me he de volver atrás de mi determinación, quisiera antes de marcharme de aquí para siempre, dar a Mateo algunas explicaciones.

ESCENA VIII

DICHOS, SUAREZ y TOMAS

Tomás (En el foro.) Pase usted, este es el palacio.

Suárez ¿Dan su permiso?

And. Puede usted pasar, caballero.

Tomás (Dando a Mateo unos golpecitos en el hombro.) Buenos días, muchachos. Felices, señor Andrés, ¿cómo estamos?

And. Lo mismo, Tomás. Adrián, pon una silla a este caballero.

Mat. (A Tomás.) Oye: ¿quién es este señorón?

Tomás (A Mateo.) Ahora lo sabrás, curioso.

Adr. (Presentando la silla.) Aquí está la silla.

And. (A Suárez.) Hágame el favor de sentarse.

Suárez (Al ir a sentarse.) ¡Gracias!

Tomás (Deteniendo a Suárez.) Hágalo con cuidado, que estas sillas no son tan fuertes como las de casa de mi amo; están todas desvencijadas y pudiera dár un batacazo.

Suárez Agradezco la indicación. (Se sienta con cuidado cómico.) Voy a decir a usted cuál es el objeto de mi visita.

And. Le escucho, caballero.

Suárez Uno de mis mejores clientes, y al mismo tiempo mi más íntimo amigo, me ruega que en calidad de médico venga a visitar a usted, y a usted me dirijo, porque no me cabe duda de que es el enfermo de quien se trata, para que me encargue de su asistencia facultativa.

And. Gracias mil. Ante todo desearía saber a quién tengo que agradecer tanta caridad.

Suárez A don Luis de Guevara y Camporreal, que no tardará en venir a esta casa.

Adr. Nuestro protector.

Mat. (A Tomás.) ¿El de las ciento del ala?

Tomás Sí.

And. ¡Dios se lo pague!

Suárez Como es muy posible que antes de marcharme de aquí llegue dicho señor, desearía hacer a usted un reconocimiento concienzudo para enterarme de su estado.

And. Gracias, doctor.

Suárez Yo, amigo mío, no pongo en todo esto más que mi poca ciencia.

And. No puedo negarme a obedecer y acepto tanta bondad. Estoy a sus órdenes, caballero.

Suárez Sería muy conveniente que se acostase para poder examinarle detenidamente.

And. ¡Ay, doctor! No puedo estar en la cama; la fatiga me ahoga en cuanto me acuesto y me dan unas congojas que me duran largo rato.

Suárez No tenga cuidado, es cuestión de unos minutos.

And. Tomás, ayúdame a levantar, porque estoy muy débil.

Tomás Sí, (Se acerca a Andrés y le ayuda a levantarse.) al punto.

Mat. Yo también le ayudaré. (Lo hace.)

And. (A Antonio.) Señor Antonio, no olvide lo que acabo de decirle.

Ant. Pierda cuidado. Lo tengo muy presente. Oye, Mateo, en cuanto que acabes, ven. (Salen todos menos Antonio por el lateral derecha.)

ESCENA IX

ANTONIO

(Enseñando los puños.) ¡De qué buena gana cuando saliera Mateo le retorcería el pescuezo! Pero no... Hay que andar con piés de plomo. El señor Andrés es un hombre enérgico y haría lo que ha dicho. Siempre le he temido y ahora que empiezan a interesarse por él personas de alto copete, más. Me llevaría al Juzgado y, como es natural, me preguntarían qué derechos tengo sobre el muchacho, y como no tengo ninguno, me embrollaría y... por fin tendría que dar explicaciones de cómo y por qué está en mi poder. De pregunta en pregunta, de averiguación en averiguación, se llegarían a saber muchas cosas que a mí me conviene ocultar... Lo mejor que puedo hacer es olvidar rencores y desaparecer. Lo siento, porque desearía vengarme del mordisco que me ha dado ese bicho malo... (Se rasca el brazo.) y que me está doliendo de una manera atroz... Me conviene ser prudente.

ESCENA X

ANTONIO y MATEO

Mat. (Desde la puerta del lateral derecha.) Ya estoy aquí. ¿Qué me va usted a decir?

Ant. (Señalando a la izquierda.) Entra: ahí te lo diré.

Mat. No, señor, no quiero quedarme a solas con usted. Estamos muy bien aquí, porque me oirán en cuanto que levante la voz, lo que haré tan pronto como intente maltratarme.

Ant. Bien, sea, no tengo interés ninguno en hablarte en mi cuarto; además, voy a ser muy breve.

Mat. Tanto mejor, porque me devora la impaciencia. Desde que sé que no es usted mi padre, ardo en deseos de saber algo de las personas que me dieron el ser, y supongo que me lo dirá en seguida.

Ant. No lo sabrás nunca.

Mat. ¿Por qué?

Ant. Por la sencilla razón de que yo lo ignoro.

Mat. ¡Lo ignora usted!

Ant. Escucha, que te voy a decir cuanto de ti sé y la causa por la cual estás en mi poder. Eras tú muy pequeño; escasamente tendrías tres años, cuando un hombre, para mí desconocido, se presentó en mi casa llevándote de la mano. Me dijo, que por consejo facultativo, con objeto de que respiraras el aire puro del campo (yo entonces vivía en mi pueblo, Robledo de Chavela), te llevaba allí. Me propuso que me hiciera cargo de ti, mediante una retribución mensual bastante crecida. Como yo no era rico y necesitaba ganar para vivir, no tuve inconveniente en aceptar lo que me proponía, que por cierto era muy halagüeño. ¡Treinta duros al mes eran para mí una fortuna! El desconocido me entregó en el acto el importe de un trimestre, diciéndome únicamente que no le pidiera explicaciones sobre tu persona, porque no quería dármelas, y recalcó mucho estas últimas palabras. Yo, aunque tenía en los labios una infinidad de preguntas, no llegué a articularlas.

Mat. ¿Ante el temor de perder la fortuna que se le entraba por las puertas de su casa?

Ant. No lo niego.

Mat. ¡Siempre lo mismo; por el dinero, es usted capaz de hacerlo todo!

Ant. Pues, amiguito, lo que es contigo me salió la cuenta fallida, porque transcurrieron los tres meses, y después los años, sin tener no-

ticias del desconocido y, por lo tanto, no volví a percibir ni un céntimo, llegando a ser tu persona una carga pesada para mí.

Mat. ¡Dios mío! ¡Qué desilusión tan grande! ¡Yo que creía que el día de hoy iba a ser el más feliz de mi vida! ¡Por Dios, señor Antonio, asegúreme que es cierto cuanta acaba de decirme! ¡Perdone mi desconfianza, pero conozco a usted tanto!...

Ant. No lo dudes; te hablo con sinceridad, y para darte una prueba de mi honradez y de la verdad de mis palabras, voy a entregarte el único objeto tuyo que poseo y que a pesar de valer mucho dinero, yo he conservado como una reliquia, sin querer venderlo, aunque he pasado por trances de verdadera necesidad.

Mat. ¿Y es?

Ant. (Saca de un bolsillo una cruz pendiente de una cadenita.) Esta cadena de oro y esta valiosa cruz de brillantes que llevabas en el cuello. Tómalas, puesto que te pertenecen.

Mat. (Coge la cruz.) ¡Señor Antonio!...

Ant. Yo hubiera vivido contigo siempre, te habría ayudado, si tú hubieses correspondido a mis sacrificios en la medida de tus fuerzas; pero tu holgazanería y la mala conducta que observas, unidas al poco cariño que me tienes, han dado al traste con mis buenos propósitos.

Mat. Pero si...

Ant. Lo ocurrido hoy ha colmado la medida... y como no tengo nada más que decirte, adiós para siempre. Te aseguro que no volverás a saber de mí. ¡Haga el cielo que seas muy feliz, único mal que te deseo! (Sale por el foro.)

ESCENA XI

MATEO

(Mirando a la puerta.) ¡Se marcha! (Pausa.) ¡Se marcha sin decirme la verdad! ¡No me cabe duda de que ese hombre miente!... Sé de lo que es capaz... El sabe quiénes son mis pa-

dres y dónde están. (Pausa.) ¡No me ha hablado de mi madre!... (Mirando la cruz.) ¡Esta cruz es un recuerdo suyo!... De seguro que me la puso ella al cuello... La ternura de las madres es la que coloca en el pecho de sus hijos, el sagrado signo de nuestra religión, para que Dios los proteja... Y si mi madre me la puso, no sería para abandonarme... para olvidarse de mí... ¡Eso sería imposible! ¿Seré un desheredado? ¡Un hijo!... No, en mi interior siento algo que me dice que mi madre era buena... que me quería... que no debo culparla de mi abandono. ¡Ese hombre ha llevado a cabo conmigo la última, pero la más terrible de sus venganzas! Me ha condenado a una lucha eterna. A una lucha que carece de la esperanza de poder vencer. Es un deber mío el buscarle... No descansar hasta que le encuentre... Quizás sea tiempo y logre darle alcance... Le suplicaré, le amenazaré (Con energía.) y... le mataré si no me dice la verdad toda. (Besa la cruz.) ¡Cruz bendita! ¡Símbolo de nuestra redención! ¡Jesús, Dios mío, que pereciste en ella, protéjeme, ayúdame, sé mi faro, sé mi guía y con tu ayuda todo lo conseguiré! (Corre hacia el foro.)

ESCENA XII

MATEO y GUEVARA

Mat. (Tropieza en el foro con Guevara.) Dispénseme, caballero.

Guev. Buenos días, niño. Dí, ¿ha venido el doctor?

Mat. Sí, señor. En estos momentos está reconociendo al enfermo, y por el tiempo que lleva en la alcoba debe estar terminando.

Guev. ¿Dónde ibas tan de prisa?

Mat. No lo sé, caballero... ¡Tras de lo imposible... tras de una ilusión quizás! ¡Dispénseme si no me entretengo en darle más explicaciones, porque de un segundo de tiempo puede depender, o la alegría de toda mi vida, o mi desgracia eterna! (Sale por el foro.)

ESCENA XIII

GUEVARA

¿Qué quieren decir las palabras de ese muchacho? Son para mí un verdadero enigma. ¡No lo comprendo! En fin, ello dirá. Lo cierto es que desde que conozco a estas criaturas, voy de sorpresa en sorpresa. No sé qué fuerza me arrastra a ejecutar lo que estoy haciendo, extrañándome tanto más mi conducta, cuanto que desde mi desgracia he permanecido indifenrente a todo, absorbiéndome en mis penas, sin fijarme en las de los demás. ¿En qué parará todo esto? ¡Quién sabe! Tengo grandes deseos de conocer al enfermo. Tomás me ponderó de tal modo su honradez y su bondad, que de resultar ciertas sus palabras, digno es de mejor suerte. (Mirando a su alrededor.) Porque, ¡caramba! mal recompensadas están sus virtudes. ¡Qué pobreza tan grande! ¡Qué miseria tan espantosa! Aquí falta hasta lo indispensable para la vida: el aire y la luz.

ESCENA XIV

GUEVARA y SUAREZ

Suárez (Por la derecha.) Pueden vestirle.

Guev. Ya sale el doctor.

Suárez (Viendo a Guevara.) Me alegro que hayáis llegado tan a tiempo.

Guev. Soy exacto en el cumplimiento de mis promesas.

Suárez Me evitáis haceros una visita.

Guev. ¿Cómo está el enfermo? ¿Qué tiene?

Suárez Contusiones en distintas partes del cuerpo, y aunque no he notado ninguna lesión interna, su estado es grave, más que nada, por la falta absoluta que ha tenido de asistencia facultativa y la carencia de los alimentos y cuidados que su estado requiere. De haberse acudido a tiempo, en unos cuantos días hubiese curado. Me hace temer por su vida la

probabilidad que veo de que sobrevenga alguna complicación, de esas que se presentan cuando menos se esperan.

Guev. Y para evitarlo, ¿qué ordenáis?

Suárez En primer lugar precisa sacar al enfermo de aquí.

Guev. Se hará. Casualmente se despidió ayer mi administrador y se le puede llevar a las habitaciones que él ocupaba en mi casa.

Suárez Con una alcoba ventilada, constantes cuidados y que siga el régimen que yo indique, creo que le salvaremos. ¡Ah! sobre todo encargo mucha tranquilidad, evitándole toda emoción violenta. Aún no he podido explicarme el estado de excitación en que le he encontrado, extraño por completo a su enfermedad. Ha debido tener un gran disgusto momentos antes de llegar yo.

Guev. Sabido es: donde no hay harina...

ESCENA XV

SUAREZ, GUEVARA y ADRIAN

Adr. (Llamando desde dentro.) ¡Doctor! ¡Doctor!

Guev. ¿Qué pasa?

Adr. (Saliendo.) ¡Venga pronto! ¡Mi padre está peor! ¡Al incorporarle en la cama para vestirle, se ha quedado sin movimiento! ¡Le hablo y no me contesta! ¡Sus ojos no tienen expresión! (Llora.) ¡Dios mío... se muere... se me muere!

Guev. Cálmate, niño.

Suárez No tengas ningún cuidado; por ahora no corre el menor peligro, yo te lo aseguro. Te ruego que me contestes a una pregunta. Dime, ¿ha tenido tu padre algún disgusto antes de llegar yo?

Adr. Sí, señor, uno muy grande con el señor Antonio, el padre de Mateo. (Mirando a su alrededor.) ¡Mateo! ¿Dónde está Mateo?

Guev. Cuando yo vine, salía de aquí como un loco. He estado hablando con él unos momentos y me contestó de una forma tan incoherente, que no he podido comprender lo que me dijo.

Adr. Luego sabremos lo que le ha ocurrido; pero antes, por Dios, doctor, entre usted.

Suárez Ahora mismo. Precisa ir a la farmacia.

Guev. (Llamando.) ¡Tomás!

ESCENA XVI

DICHOS y TOMAS

Tomás (Fuera.) Mándeme, mi comandante.

Suárez Vaya al punto a la farmacia más próxima por el medicamento que acabo de recetar.

Tomás Al vuelo.

Suárez ¿Llevas la receta?

Tomás Sí, señor, en el bolsillo. (Vase por el foro y Suárez por la derecha.)

ESCENA XVII

GUEVARA, ADRIAN y luego SUAREZ

Guev. (Al ver que Adrián se dispone a seguir a Suárez.) Niño, quédate aquí, tengo que hablarte.

Adr. ¿Y mi padre?

Guev. De él vamos a tratar. Ya has oído al doctor que por ahora no corre peligro; en cambio ha dicho que si no seguimos las instrucciones dadas, no responde de lo que pueda ocurrir.

Adr. Yo haré cuanto de mí dependa.

Guev. Tú eres el único responsable, porque eres quien has de decidir.

Adr. ¿El qué?

Guev. Escucha. Precisa sacar de aquí a tu padre cuanto antes.

Adr. Sí... lo comprendo. (Inclina la cabeza.) ¡Al hospital!

Guev. No, niño, ¿quién piensa en eso? A mi casa.

Adr. (Con asombro.) ¡A su casa! Pero, señorito, ¿qué hemos hecho para que sea usted tan generoso con nosotros?

Guev. Nada y mucho. ¿Accedes a lo que te digo?

Adr. Yo sí, pero mi padre... no querrá.

Suárez (Saliendo.) ¡No es nada! ¡Un síncope!

Guev. Dígame, doctor, ¿habrá algún inconvenien-

te en trasladar al enfermo a mi casa en el coche que esta abajo?

Suárez Ninguno absolutamente.

Adr. Yo dudo que mi padre acepte; es muy delicado.

Guev. Debo advertirte que no vais a mi casa de limosna, sino como empleados; tengo vacante el puesto de administrador y nombro a tu padre para que lo sea. Es mi deseo que tome posesión hoy mismo, enfermo y todo.

Suárez Sin que pueda darse cuenta, porque tardará un par de horas en volver a tener conciencia de sus actos.

Guev. Aprovechemos en ese caso el tiempo; cuando abra los ojos y se encuentre en mi casa, tendrá que resignarse. Baja, niño, y dí a mi lacayo y al portero de la casa que suban, para trasladar al enfermo con la ayuda de Tomás.

Adr. (Besando las manos a Guevara.) ¿Cómo podré pagarle lo que hace por nosotros?

Guev. Conservando puro ese corazón tan hermoso que tienes, de cuya grandeza diste pruebas esta mañana, despreciando una cartera que contenía, aunque mal adquirida, tu felicidad. (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Sala lujosamente amueblada. Puerta en el foro y una en cada lateral, accesible la de la derecha. Espejo de cuerpo entero en primero izquierda. Meridiana en este mismo lado. A la derecha, y en primer término, velador con libros; al lado dos sillones.

ESCENA PRIMERA

GENARO y LESMES

Les. ¿De modo, Genaro, que ya has terminado?

Gen. Sí, aunque hoy me he retrasado algo. No he querido limpiar antes la habitación por el temer de despertar al nuevo señorito, que sin saber de dónde y como llovido del cielo, nos ha caído.

Les. ¿Te dará mucho que hacer?

Gen Al contrario, muy poco, casi todo el día me lo paso de brazos cruzados. Tanto a su padre como a él, jamás se les ocurre nada. Es más, si algo necesitan, ellos mismos se lo hacen o se lo buscan.

Les. Cuánto ha mejorado el nuevo administrador: ha cambiado desde el día en que le trajo el señor en su coche.

Gen. Es cierto, aquello no era un hombre, era un cadáver.

Les. Más de dos horas tardó en recobrar el conocimiento.

Gen. ¿A dónde iría nuestro amo a buscar aquella momia?

Les. A algún asilo, porque cuidado que venía mal vestido.

Gen. Aún lo estaba más su hijo. (En voz baja) Cualquiera le hubiera tomado por un golfo.

Les. ¡Lo que hace la ropa! Ahora en cambio, no hay quien le conozca. Creo que a él mismo le parece mentira lo que le ocurre.

Gen. Es indudable, no le falta nada, tiene toda clase de comodidades. Está tan atendido como el mismo señor, que se desvive por él y le quiere entrañablemente.

Les. Lo merecen tanto el padre como el hijo; son buenísimos y se hacen acreedores a su cariño.

Gen. Hasta ahora sí, pero déjate que vayan tomando alas, que quizás no haya quien los resista y sean los más intransigentes de la casa.

Les. No te porfiaré mucho por si me equivocase. Generalmente, los últimos que llegan suelen ser los que se imponen, pero yo creo que estos han de ser una excepción. ¿Sabes, Genaro, para qué me llama el señorito?

Gen. No; pero no has de tardar en enterarte, porque ya se ha levantado.

Les. Hoy es el primer día que no madruga.

Gen. Nada tiene de particular. La pobre criatura no se ha desnudado en doce días. Se ha pasado las noches sin moverse de la cabecera del enfermo. Es, pues, natural que recupere el sueño perdido.

Les. No debe ser el muchacho de los que les gusta la cama. Las noches que en su compañía he estado cuidando al enfermo, me he quedado admirado de lo trabajador qué es. Yo no sé si lo haría por no dormirse o por el cariño que tiene a los libros, lo cierto es que se pasaba horas y horas estudiando.

Gen. Lo que me dices no me choca, porque durante el día hace absolutamente lo mismo; se da unas panzadas tremendas de librotes.

Les. Y di, Genaro, ¿no has notado que desde que ellos están en esta casa todo se ha transformado? El señor ha cambiado por completo de carácter, hasta el punto, de que yo que no le he visto en tantos años ni sonreir siquiera, sino siempre triste y caviloso, le en-

cuentro ahora contento y de excelente humor.

Gen. Sí. Además apenas sale de casa y se lleva las horas muertas de conversación con el niño, resolviéndole todas cuantas dudas se le presentan en sus estudios. Goza con eso y se complace en decir a todo el mundo, que tiene una inteligencia privilegiada... que es un verdadero talento... En fin, que le pone por las nubes y cuando el señor lo dice, verdad será.

Les. Calla, que ya sale.

ESCENA II

ADRIAN, LESMES y GENARO

Adr. (Por la derecha.) Buenos días, Genaro; felices, Lesmes.

Les. Téngalos muy buenos, señorito Adrián. Vengo a enterarme de lo que desea, pues según me dijo Genaro, quería usted verme.

Adr. Deseaba saber únicamente si ha venido a preguntar por mí el niño cuyas señas le hemos dado.

Les. No, señorito. Desde que están aquí, no ha preguntado nadie por ustedes. Tengo muy presentes las órdenes recibidas y cuando venga le haré pesar.

Adr. No le deje marchar bajo ningún pretexto. Si él se resiste, sin temor alguno emplee la fuerza; es algo díscolo.

Les. Pierda cuidado, señorito, que así lo haré. El señor me lo ha indicado casi con las mismas palabras que usted, y su señor padre me ha preguntado una infinidad de veces por Mateo. Según creo, así se llama el niño que con tanta impaciencia esperan todos en esta casa.

Adr. Sí, Mateo es su nombre.

Les. Que es difícil de olvidar.

Adr. ¿Supongo, Genero, que mi padre estará aúu en la cama?

Gen. Sí, pero no tardará en levantarse, porque dice que está muy bien.

Adr. A Dios gracias, dentro de pocos días estará

completamente restablecido. Así al menos lo asegura el doctor, que se despidió ayer. (Mirando a su alrededor.) Veo con satisfacción que ya tiene esto limpio.

Gen Sí, señorito, limpio y arreglado.

Adr. Me alegro, porque así podré estudiar sin que me interrumpan: como no tengo costumbre de hacerlo, cualquier ruido me distrae. Lo que deseo, Genaro, es que me dispense esta exigencia mía de hacerle trabajar tan temprano.

Gen. No hay por qué, señorito; y hoy menos que nunca; me he retrasado bastante por temor a despertarle.

Adr. ¿Qué hora es?

Les. Las diez.

Adr. ¡Qué atrocidad! ¡Cómo me he arreglado para dormir tanto!... ¡Ah, ya me lo explico! ¿Quién ha juntado anoche las maderas del balcón de mi cuarto?

Gen. El señor marqués, que entró en su alcoba de usted antes de acostarse y las cerró, según dijo, para que no madrugase tanto el señorito.

Adr. ¡Qué bueno es! Hasta en los menores detalles, hasta en las cosas más insignificantes, se refleja su bondad.

Les. ¿Se le ofrece algo más?

Adr. No, nada, gracias. Sólo deseo que tenga muy presente cuanto le he dicho.

Les. Pierda cuidado.

Gen. ¿Le sirvo ahora el desayuno?

Adr. No, es ya muy tarde y necesito estudiar mucho para ganar el tiempo perdido.

Gen. ¿Nos retiramos?

Adr. Sí, hasta luego.

(Salen Lesmes y Genaro por el foro.)

ESCENA III

ADRIAN y GUEVARA

Adr. (Coge un libro de encima del velador y se recuesta en este mueble.) Ahora a estudiar. Primero voy con la Aritmética, que es la más difícil, aunque es también el libro que más me

gusta. (Pausa.) Mucho me temo que no pueda aprenderme hoy la lección por falta de tiempo.

Guev. (En el foro.) ¿Ya estás estudiando? Madrugador andas.

Adr. (Cerrando el libro con ruido.) Buenos días, don Luis. He empezado ahora mismo. Hoy se me pegaron las sábanas... y usted ha tenido la culpa.

Guev. (Riendo.) ¿Yo?

Adr. (Con cómica severidad.) Sí, usted, que con tantos mimos como me da, me está estropeando.

Guev. (Riendo.) ¿Me regañas?

Adr. Debiera hacerlo. He perdido lo menos dos horas y no voy a poder saberme las lecciones para cuando venga el profesor.

Guev. (Con severidad cómica.) ¿Y qué culpa tengo yo de que tú seas un dormilón?

Adr. No me busque la lenguá; demasiado sabe usted quién cerró anoche las maderas del balcón de mi cuarto, para que no entrara luz por la mañana. Yo, aunque me he despertado a la hora acostumbrada, como no vi claridad, creyendo que era de noche, di media vuelta y me volví a dormir. ¿A que no se atreve a negar que fué usted?

Guev. Aunque te pones tan serio, no te temo... No lo niego tampoco... He sido yo... (Riendo.) Ahora, no me queda más que aceptar el castigo que me impongas, por la perfidia que he cometido.

Adr. ¡No ha de ser flojo!

Guev. (Carcajada.) ¡Ja, ja!...

Adr. No se ría, que la pena que le voy a impone, es la más terrible que usted imaginarse puede.

Guev. ¿Y es?

Adr. Que luche usted con mi torpeza, resolviendo las dudas que se me presenten, si no he logrado yo hacerlo, media hora antes de dar la clase.

Guev. Creo que quedaré indultado antes de cumplir tal penitencia, porque para ti no hay dudas. De todos modos, me resigno y acepto. Voy, por lo tanto, a enterarme del estado de tu padre, para estar de vuelta al momento. (Sale por el foro.)

ESCENA IV

ADRIAN

Soy un ser muy afortunado. Sólo alabanzas debo dirigir a Dios. Ha salvado a mi padre de una muerte cierta, por mediación de este hombre, que se ha constituído en nuestro protector. ¡Y qué protección nos dispensa! De mi padre ha hecho un administrador, que hasta ahora nada ha administrado, señalándole un sueldo crecidísimo. ¡Cinco mil pesetas anuales! Además, a mí me trata como a un hijo, me quiere con delirio. Yo, aunque deseo corresponder a sus bondades, no sé si lo consigo! Qué variación tan completa se ha operado en nuestra posición! Hoy estoy hecho un príncipe. Hace unos días era un verdadero mendigo. ¡Qué diferencia!... Tengo criados que me sirvan, un coche a mi disposición, comodidades sin cuento, butacas, espejos... infinidad de trajes a cual más elegante. (Paseándose por delante del espejo y mirándose con coquetería.) Por cierto que me sientan muy bien... ¡Ya lo creo! Este no me hace ni una arruga... Consiste también en que soy un buen mozo. Si no tuviese este cuerpo tan bien formado, nada hubiese conseguido el sastre. (Da ante el espejo una vuelta completa girando sobre el tacón de la bota.) Desde que visto con elegancia, estoy prendado de mi persona... Tan hueco como un pavo real... y sin necesidad de abuela que me alabe... No se me oculta que soy algo pretencioso. En cuanto me quedo solo no hago más que contemplarme al espejo; no hay uno en la casa que no haya reflejado mi imagen y ante el cual no me haya paseado contemplando mi personita. (Parándose delante del espejo.) Sin embargo, llevo dos prendas que me molestan mucho: este cuellecito y la corbata. ¡Oh, sobre todo la corbata! Por más vueltas que la doy, no logro ponérmela bien. Me hago y me deshago el lazo unas cien veces al día... ¡Uy!... Si alguien me viera, cómo se reiría de mí. (Se

hace el lazo al espejo.) Nada, imposible, no está bien... He dejado una punta muy larga y la otra cortísima... Vuelta a empezar y a fuerza de paciencia veré si lo consigo.

ESCENA V

ADRIAN y MATEO

Mat. (En el foro.) ¡Un niño!... Será indudablemente algún hijo de aquel buen señor, de nuestro protector... No me atrevo a entrar... Le llamaré. (Alto.) Señorito...

Adr. (Volviendo repentinamente la espalda al sitio desde donde le han llamado y tapándose la cara con las manos.) ¡Me pescaron!... ¡Qué vergüenza! (Sin volver la cara.) ¿Quién es?

Mat. Un servidor, señorito.

Adr. (Con sobresalto.) ¡Esa voz!... (Volviéndose con rapidez.) ¡Qué veo!... ¡Tú!... (Con cariño.) ¡Acércate!... ¡Ven a mis brazos!... (Al ver que Mateo no se mueve.) ¿No me conoces?

Mat. No recuerdo...

Adr. ¿Tan cambiado estoy, que no conoces a tu amigo Adrián?

Mat. (Corre al encuentro de Adrián con los brazos abiertos.) ¡Adrián!

Adr. (Abrazando a Mateo.) ¡Mateo querido!...

Mat. (Después de abrazar a Adrián se retira unos pasos y le contempla con admiración.) Ante todo: ¿cómo está el señor Andrés?

Adr. Curado por completo.

Mat. ¡Qué cambiado estás!... ¡No hay quien te conozca!...

Adr. Dame otro abrazo.

Mat. No, que... te voy a... manchar... ¡Estoy tan sucio!...

Adr. ¡Qué importa la ropa, si somos los mismos, si no hemos cambiado!

Mat. Tú, al menos, al exterior sí.

Adr. Como cambiarás tú dentro de poco.

Mat. (Con asombro.) ¡Jesús qué atrocidad, si pareces un archiduque!... ¿Estarás muy contento?

Adr. Ya lo creo, no te puedes imaginar la vida tan regalada que aquí hago.

Mat. ¿Comerás bien?

Adr. Como tú no puedes ni figurarte siquiera...

Me dan unas cosas muy raras... desconocidas para nosotros... pero muy ricas...

Mat. No necesito que me lo digas... Lo he olido... Cuando hay buena cocina en una casa se nota desde la escalera... Al subir me dió un tufillo, que me puso los dientes de media vara de largos. Te aseguro que la primera reflexión que se me ocurrió fué ésta: «¡Menudo pago daría yo a un par de chuletas, que es a lo que me olió, si me las pusieran delante!...

Adr. ¿Acaso no has comido?

Mat. Desde ayer por la mañana no ha entrado nada en mi cuerpo.

Adr. ¡Qué torpe soy! Te estoy entreteniendo hablándote de mil tonterías y estás desfallecido de hambre. Verás qué pronto sacias el apetito. ¿Quieres café o chocolate? Por más que es posible que prefieras unos huevos con jamón o una chuleta de ternera.

Mat. No estaría mal que me trajeran: los huevos, el jamón, la chuleta de ternera y el café y el chocolate para después.

Adr. Te traerán cuanto desees (Toca el timbre.) aunque tarden algo en hacerlo.

Mat. ¡No, entonces no!... Que traigan lo que esté hecho... Al oirte hablar de comida...

Adr. (Cortándole la palabra.) ¿Se te ha despertado el apetito?...

Mat. ¡Qué se ha de despertar! El mío es como los niños llorones: que ni duermen ni dejan dormir.

Adr. Pronto quedarás harto.

ESCENA VI

MATEO, ADRIAN y GENARO

Mat. (Al ver entrar a Genaro le hace una cómica reverencia.) ¿Quién será este señorón? ¡A qué hora tan inoportuna llega!...

Adr. Genaro, súbenos dos chocolates con... (A Mateo.) ¿Te gustan los picatostes?

Mat. (Aparte.) ¿Qué será eso? (Alto.) Sí... me gustan muchísimo...

Adr. ¿Y la leche, la quieres fría o caliente?

Mat. Me da igual.

Adr. ¿Con bizcochos o ensaimada?...

Mat. Para no dudar en la elección, con bizcochos y ensaimada.

Gen. Ensaimadas no hay, señorito.

Adr. Traiga en ese caso otro bollo cualquiera.

Gen. Está bien. ¿Querrán mantequilla?

Mat. Si la trae, no la haremos ascos.

Gen. ¿Se le ocurre algo más?

Adr. Sólo deseo que lo traigan en seguida.

Gen. Es cuestión de un momento.

Mat. Oiga, si hay pan francés, súbase un *zeneque*, que se aprovechará.

Gen. Un ze... ¿qué?

Mat. Un panecillo.

Gen. (Aparte.) ¡Vaya un lobo! (Sale por el foro.)

ESCENA VII

ADRIAN y MATEO

Mat. ¡Valiente chasco me he llevado! Saludé a ese hombre muy cortésmente, tomándole por un personaje y ha resultado ser un criado.

Adr. Ahora, mi querido Mateo, quiero que hablemos un rato en serio, hasta que nos sirvan lo pedido. Ante todo, deseo saber lo que te ocurrió con tu pa... con el señor Antonio, el día que, como un loco, desapareciste de casa.

Mat. Por sus consecuencias, mucho; por lo que me dijo, muy poco. Se concretó únicamente a hacerme saber que no era hijo suyo.

Adr. Ya nos lo había indicado momentos antes. ¿Te daria alguna explicación más? ¿Te diría quiénes son tus padres?.

Mat. Solo me dijo, con respecto a ellos, que desconocía quiénes eran, y que, por lo tanto, yo tendría que ignorarlo toda la vida.

Adr. ¡Qué cosa tan extraña! ¿Y tú por qué desapareciste?

Mat. Porque a pesar de mis súplicas, no me hizo ningún caso y se marchó. Yo no le creí, me propuse saber la verdad por amarga que fuera y salí en su busca. Desgraciadamente no le pude dar alcance. He pasado unos días de dolorosa peregrinación, visitando todos

los sitios que él frecuentaba, sin que en ninguno me dieran noticias suyas. En vano he recorrido todo Madrid. Hoy se me ocurrió pensar, que muy bien podía haber vuelto a nuestra antigua casa, para recoger algún objeto que necesitase y allí me dirigí. La señora Ambrosia me contó lo ocurrido. Me dijo que el señor Antonio no habia parecido, que vosotros en cambio habíais enviado muchas veces a preguntar por mí, que estábais asustados y extrañados de mi manera de proceder. Al saberlo me he apresurado a venir para tranquilizaros... Y ya tienes explicado, en muy pocas palabras, el empleo que he hecho del tiempo desde que dejé de verte.

Adr. (Pensativo.) ¡No se concibe que no te dijera nada más!

Mat. Pues así es. Yo creo firmemente que me ha ocultado quiénes son mis padres... Es más, adivino que como es tan malo, ha llevado a cabo la última venganza conmigo... entregando mi alma a la eterna duda, sumiéndola en la desesperación.

Adr. ¿Por lo menos te explicaría cómo y por qué causas has estado tanto tiempo en su poder?

Mat. Me contó un cuento tan inverosímil como absurdo... Me habló de un desconocido... de... qué sé yo... es muy largo de referir... Unicamente te diré que de sus palabras sólo se desprende que soy un abandonado... la consecuencia de una falta... la vergüenza de los que la cometieron, que para ocultarla me entregaron al señor Antonio, mediante una recompensa espléndida.

Adr. Voy comprendiendo el asunto. El señor Antonio, viendo en ti algo explotable, te ha retenido en su poder hasta que se convenció de que nada más podía obtener.

Mat. Cien veces me he hecho la misma suposición. Mi cabeza es un caos tan pronto como me pongo a pensar en mi desgracia... Veces ha habido en que he llegado al absurdo de dar crédito a sus palabras.

Adr. ¡No, Mateo, no!... Tú eres muy bueno y tienes un corazón muy grande para que procedas de donde supones.

Mat. Presiento, Adrián, que con el tiempo, y cuando menos lo esperemos, todo se ha de aclarar.

Adr. (Viendo a Genaro, que entra con el servicio.) Calla. Ya hablaremos de todo esto a don Luis y a mi padre.

ESCENA VIII

ADRIAN, MATEO y GENARO

Gen. (Con bandeja, dos chocolates, vasos de leche, bizcochos, dos mogicones, mantequilla y un panecillo francés.) Señorito, aquí tiene lo pedido.

Adr. Bien; póngalo sobre el velador. ¿Se ha levantado mi padre?

Gen. No lo sé, señorito. Lo que sí puedo decirle es que el señor marqués está con él en su cuarto.

Adr. Hará el favor de decirles que está aquí Mateo.

Mat. Ahora no... Después, cuando yo se lo indique.

Adr. ¿Y por qué no lo han de saber en seguida?

Mat. Porque... si tu padre está en la cama se levantará al punto.

Adr. Me satisface la razón. No le avise.

Gen. Si al señorito no se le ofrece más, me retiro.

Adr. Por ahora nada necesito.

Gen. En ese caso, voy a continuar haciendo la limpieza. (Sale por el foro.)

ESCENA IX

ADRIAN y MATEO

Mat. Me admira la forma que tiene esta gente de tratarte. Con qué respeto y con qué seriedad lo hacen.

Adr. Más debe sorprenderte la manera que tienen de servirme. Fíjate.

Mat. (Mirando con asombro cómico el servicio.) ¡Qué atrocidad! ¡Cuantísima cosa! (Lo toca todo.) ¡Qué platos tan bonitos! ¡Qué tazas tan finas!... ¡Qué vasos tan!...

Adr. (Cortándole la palabra.) Déjate ahora de admi-

raciones y vamos a desayunarnos, que es lo que interesa.

Mat. Manda, que yo obedezco.

Adr. (Acerca un sillón al velador.) Siéntate aquí.

Mat. (Al sentarse se hunde y levanta los piés por alto.) ¡Sooooó! ¡Que me voy a fondo! (Se levanta y examina el sillón.) ¡No, pues no está roto! ¡Qué atrocidad, si parecía que no tenía asiento!

Adr. (Riendo.) No tengas cuidado, siéntate, que no te caes.

Mat. (Se sienta y empieza a columpiarse, haciendo subir y bajar los muelles del sillón.) ¡Vaya un chisme có-modo! ¡Parece una cuna!

Adr. (Poniendo delante de Mateo la jícara de chocolate, el vaso de leche, pan, manteca, bizcochos y mogicón.) Todo esto es para ti. Creo que por buenos dientes que tengas no lo darás fin.

Mat. ¡Ya verás, ya! Hoy me desquito.

Adr. (Se sienta frente a Mateo, desdobla la servilleta, y por dos de sus puntas se la ata al cuello.) No hagas ex-cesos, pudieras ponerte malo.

Mat. (Se ata también la servilleta) ¡Quiá! Esto no pue-de hacer daño. (Buscando algo por la mesa,) No veo...

Adr. ¿Qué buscas?

Mat. La cuchara y el tenedor. No me los han puesto; sólo tengo cuchillo. ¡Bah! Un des-cuido que muy bien puede perdonarse al criado. Llámale que los traiga.

Adr. Pero, Mateo, ¿quieres tomar el chocolate con tenedor?

Mat. ¡A ver! ¿Con qué voy a coger el bollo y los bizcochos, con los dedos?

Adr. ¡Claro que sí!

Mat. ¡Ah! Quería pasarme de fino... ¿De modo que a dedo, eh?... No creas, que me agrada más el procedimiento. (Coge un bizcocho, lo moja en el chocolate, se lo lleva a la boca y se que-ma.) ¡Flautas! (Sopla.) ¡Si está abrasando!

Adr. Espera un poco a que se enfríe.

Mat. Cuando se tiene hambre es imposible espe-rar delante de la comida. Y como yo la ten-go, no quiero perder el tiempo. (Moja bizcochos en leche y con la boca llena.) ¡Vaya una leche rica! Se puede cortar con un cuchillo de tan espesa como es. (Hace chascar la lengua.) ¡Qué bizcochos tan excelentes! ¡Parecen de espu-ma, se deshacen en la boca!

Adr. (Dándole el mogicón.) Prueba esto. Estoy seguro de que te ha de gustar más que los bizcochos.

Mat. (Coge el mogicón, lo apoya en el pecho, y al hacer fuerza para partirlo lo aplasta.) ¡Ay!... ¡Lo he convertido en harina! ¡Esto es de mírame y no me toques! ¿Cómo llamáis a estos bollos?

Adr. Mogicones.

Mat. ¡Ah!... ¡Estos son los célebres mogicones! (Come un pedazo.) Confieso que son riquísimos y de bastante mejor calidad que los que me daba mi padre en casa con gran frecuencia.

Adr. (Riendo.) ¡Qué cosas tienes!

Mat. (Empieza a mojar pedazos en el chocolate no logrando llevarse a la boca más que la parte seca, porque la mojada se le queda en la jícara.) Se me cae todo él en la jicara... No, pues aquí no se queda. (Mete dos dedos en el chocolate.) ¡Si he de comer mogicón, tengo que ir de pesca sin remedio! (Saca un pedazo, se lo lleva a la boca y se chupa los dedos.) Dí, Adrián, ¿te dan esto todos los días para desayunarte? (Desde este momento no cesa de comer.)

Adr. Me dan lo que pido; mi boca no tiene tasa.

Mat. ¡Camará!... ¡Camará!... ¡Qué gordo te vas a poner con semejante trato! No creas, que ya se te conoce.

Adr. Sí; he mejorado bastante.

Mat. ¡Claro, te atracarás!

Adr. No lo creas; por el contrario, como muy poco.

Mat. Eso sí que no lo apruebo; porque es una verdadera lástima no sacar la tripa de mal año. Sobre todo nosotros que hemos pasado hambre.

Adr. Sí que anduvieron flojillos nuestros estómagos durante la enfermedad de mi padre. Tú sin necesidad, por supuesto, porque con los céntimos que ganábamos, y que a ti te correspondían, no hubieras comido mal.

Mat. (Apurando la jícara y lamiéndola después.) ¡Vaya, esto se ha terminado!

Adr. Que te aproveche.

Mat. (Se bebe la leche.) ¡Y esto también!

Adr. No comas tan deprisa.

Mat. Ahora a otra operación. (Parte el panecillo, saca la miga y mete la mantequilla dentro del hueco.)

Adr. (Al ver lo que está haciendo Mateo.) Pero ¿qué haces?

Mat. Que como ya no tengo ganas, me guardo esto.

Adr. ¿Para qué?

Mat. Para luego. Debes comprender que a todas horas no voy a venir aquí de pegote... No me gusta ser molesto. (Levantándose.) Y ahora que ya te he visto y he almorzado, me marcho.

Adr. (En pie.) ¿Que te vas? No.

Mat. Ya lo creo... y en seguida. Créeme, he venido tan sólo por verte y por saber de tu padre.

Adr. No lo harás hasta que nuestro protector decida.

Mat. No, de ningún modo. Yo no quiero encontrarme en presencia de ese señor. Figúrate... con este... traje, voy enseñando las carnes.

Adr. No importa, tiene grandes deseos de verte.

Mat. Yo a él no. Ya ves si te soy franco.

Adr. ¿Por qué? Vamos, dame una razón para no perder el tiempo.

Mat. Te la voy a decir. Es muy sencilla. Porque se me caería la cara de vergüenza.

Adr. No me explico la causa.

Mat. ¡Adrián, tú has olvidado que a los ojos de ese señor yo no puedo ser más que... un ladrón! (Baja la cabeza avergonzado.)

Adr. ¡Ea! ¡Mateo! No digas tonterías. No te puedes imaginar lo que te quiere. Es mas, debo decirte que si hoy no hubieses venido pensaba dar parte al gobernador para que te buscaran sus agentes.

Mat. ¿Con qué objeto?

Adr. Con el de tenerte aquí a su lado.

Mat. Yo en cambio temo tanto encontrarme en su presencia, que para evitarlo, me largo ahora mismo sin escucharte ni una palabra más.

ESCENA X

ADRIAN, MATEO y GUEVARA

Guev. (Entrando.) ¡Conque ya pareció el perillán!

Mat. (Aparte al ver a Guevara.) ¡El!... ¡Caí en el garlito! (Baja la cabeza.)

Guev. (Dando un golpecito en el hombro a Mateo.) ¡Caballerete! ¡Nos ha tenido usted en ascuas una porción de días!

Adr. Hace muy poco que llegó, y no se puede usted imaginar el trabajo que me ha costado entretenerle hasta que usted o mi padre entrasen por aquí. Se quería marchar.

Guev. ¡Marcharse! ¿Y por qué?

Adr. No he de ocultar la causa... Las cosas claras.

Guev. Sí; habla con franqueza.

Adr. Se acuerda de lo que hizo... cierto día... y teme hallarse en su presencia.

Guev. (Con severidad a Mateo.) ¡No harás tal! Has de saber, criatura, que desde el día en que cometiste aquella acción que tan horrible te parece, ha entrado la felicidad en mi casa. Mi carácter se ha modificado y mis penas, al parecer, se han mitigado. La alegría renace en mi alma cuando pienso en vosotros, en vuestro noble proceder, en la bondad de vuestros hermosos corazones. Desde hoy quiero que ocupes en mi casa un lugar preferente. Vivirás como vive Adrián, a su lado. Estudiarás como él. Para mí seréis iguales. Me he propuesto que lleguéis a ser unos hombres de provecho, trabajadores y honrados. Medios no os han de faltar. Yo soy muy rico, y como no tengo a nadie en el mundo, me serviréis de hijos. (Se limpia una lágrima.) De modo que ya lo sabes. A tí sólo te toca callar y obedecer.

Mat. Señor... agradezco infinito su bondad... pero no puedo aceptar lo que me propone, por halagüeño que sea.

Adr. ¿Acaso no hemos aceptado mi padre y yo, o es que quieres darnos una lección de delicadeza, suponiéndote superior a nosotros?

Mat. ¡No, Adrián, no! Yo no me creo superior a nadie; es más, yo no puedo compararme ni con tu padre ni contigo. (Llora.) ¡Soy mucho menos!... ¡Soy!... ¡Si no sé quién soy! ¡Un abandonado! ¡Un cualquiera!... ¡Un hijo de padres despreciables... criminales quizás!... Tú, por el contrario, Adrián, tienes un padre honrado, noble, trabajador; en una palabra, un santo. Un padre que te ha educado como

los buenos padres educan a sus hijos, hasta el punto de que su conducta es una garantía de que tú has de ser bueno. Pero de mí, quien lo asegurase mentiría.

Adr. (Suplicante.) ¡Por Dios, Mateo, no amargues nuestra alegría! Comprende que faltando tú de nuestro lado, no tendremos tranquilidad.

Guev. (Aparte.) A este muchacho hay que tocarle en la cuerda sensible, en el corazón, en la dignidad, para que acepte. Probaré. (Alto.) ¿De modo que no quieres quedarte? Bien; sea. ¿Qué le hemos de hacer? Se te propone la manera de vivir honradamente y la desprecias. Debo decirte, sin embargo, que no creo ni una palabra del sentimentalismo de que haces gala. Me hubiera agradado más que con sinceridad nos hubieras dicho que te gusta más la vida de gitano que hasta ahora has llevado, que te agrada la libertad de que gozas...

Mat. (Suplicando.) ¡Por Dios, don Luis!...

Guev. (Sin querer oir a Mateo.) Que no quieres perderla porque temes, o mejor dicho, porque odias el trabajo. Que te horroriza el que aquí te obliguen a estudiar, que se tome cuenta de tu conducta, que te reprendan si haces algo malo. .

Mat. ¡Por Dios!

Adr. ¡Mateo!

Guev. Que prefieres el trato de esos desgraciados, llenos de vicios y criados en medio del arroyo, al de las personas honradas. Que te agrada su lenguaje soez y malsonante. Que te atraen sus infamias. Que...

Mat. (Llorando.) ¡Basta, don Luis, basta! ¡Me está usted desgarrando el alma! Comprendo cuán razonadas son sus suposiciones.

Guev. Y cuán ciertos y justos son mis juicios.

Mat. ¡Eso no, lo juro!

Guev. Sólo tienes un medio para demostrarme lo contrario, y es que aceptes lo que te propongo.

Adr. Acepta, Mateo, acepta. Considera que me harás sufrir si no contestas afirmativamente. Verás que dichosos seremos. Trabajaremos juntos, estudiaremos mucho para dar gusto a nuestro protector... para demos-

trarle que se ha equivocado al juzgarte. Para...

Mat. (Con resolución.) Bien; sea. Acepto sólo por eso.

Adr. (Coge y estrecha la mano a Mateo.) ¡Qué alegría tan inmensa me proporcionas!

Guev. (Aparte.) Me valió la añagaza. Conseguí mi propósito. (Alto.) Veré con placer que se llevan a la práctica tus buenos propósitos.

Mat. Le aseguro que así será. (Avergonzado.) Pero antes quisiera pedirle algo.

Guev. Concedido está desde luego. ¿Es?...

Mat. ¡Olvidar para siempre que la primera cualidad que conoció usted en mí fué la de... ladrón!

Guev. Olvidado... y para darte una prueba de que así es, (Abraza a Mateo.) dame un abrazo.

Mat. (Limpiando la ropa a Guevara.) Le habré manchado; está mi ropa tan sucia...

Guev. En eso es en lo que hemos de pensar primeramente. Hay que despojarte de esos guiñapos.

Mat. ¿Y qué me pongo?

Adr. Un traje mio. Te estará muy bien, casi tenemos la misma estatura.

Guev. Me parece bien la idea, mientras le hacen los suyos. Es cuestión de horas. Voy a dar la orden para que avisen al sastre. Estoy de vuelta al momento. (Mutis en el foro al oir que Adrián le habla.)

Adr. Don Luis, después de vestido, ¿iremos a que le corten el pelo?

Guev. Sí; tú quedas encargado de su *toilette*. (Sale.)

ESCENA XI

ADRIAN y MATEO

Adr. ¡Demontre, Mateo! ¡No creí que fueras tan terco! ¡Cuidado que ha costado trabajo convencerte!

Mat. Si no me habéis convencido. Me quedo por dignidad; para demostrar con hechos que no soy lo que se figuran.

Adr. ¡Qué cosas dices! Tú no necesitas decirme lo que eres... Te conozco muy bien... En fin, dejémonos de reflexiones y vamos a lo im-

portante. Primeramente a lavarte muy bien para después vestirte. Verás qué pronto terminamos. Yo voy a servirte de ayuda de cámara.

Mat. Bueno.

Adr. ¡Ea! Quítate ese chaquetón.

Mat. Te obedezco; pero no te asustes. (Se quita la chaqueta.)

Adr. (Con asombro al ver que Mateo no lleva camisa.) ¡Pero vas sin camisa!

Mat. Sí, chico. En estos últimos días he llegado al más alto grado de la *golferancia.*

Adr. ¿Qué has hecho de la que llevabas?

Mat. La tuve que abandonar a su propia suerte... La dejé una tarde a orillas del Manzanares y... se marcho sola. (Hace chascar los dedos al mismo tiempo que imita algo que anda.) Pero en compensación, la que llevo es una maravilla inventada por el Negrete. Fíjate bien. (Se saca por la cabeza un trapo en forma de casulla con un agujero en el centro.) ¿Qué te parece?

Adr. Muy primitiva.

Mat. Y de hechura económica.

ESCENA XII

ADRIAN, MATEO y ANDRES

And. (Entrando.) ¡Ya sé que estás aquí, bribón!

Mat. (Sale al encuentro de Andrés y después de abrazarle le contempla.) ¡Qué bien se encuentra usted!

And. Curado por completo, hijo mío. ¿Pero qué haces así, medio encueros?

Adr. Quitándose la ropa que lleva para vestirle de piés a cabeza con prendas mías.

And. Hazlo pronto, no se acatarre.

Adr. (Señalando a la derecha.) Entrate en mi cuarto, Mateo.

Mat. (Besa a Andrés.) Hasta luego, señor Andrés.

Adr. Voy a darle ropa interior y exterior, y en cuanto que esté vestido iremos a que le corten el pelo. Hasta que no esté completamente transformado no pareceremos por aquí.

And. No tardéis, porque tengo grandes deseos de saber lo que le ocurrió con el señor Antonio.

Adr. Una hora a lo sumo. (Se dirige a la derecha. Mu-

tis al llegar a la puerta. Aparte.) Con las glorias se me van las memorias y no le he dado el besito que tanto le engorda. (Besa a Andrés.) Hasta luego. (Sale.)

ESCENA XIII

ANDRES

¡A Dios gracias ya estamos otra vez reunidos! Mateo no volverá a separarse de mi lado... Queda a mi cargo... o mejor dicho, a cargo de la persona de la cual dependemos Adrián y yo, de nuestro protector. ¡Qué hombre tan generoso y tan grande! Le debo la vida, por él estoy curado. ¿Cómo le pagaré lo que ha hecho y lo que seguirá haciendo por nosotros? No lo sé. Por lo pronto, quiero que además de ser mi protector sea mi consejero, para descargar la conciencia del peso que me agobia... El me dirá si he obrado cuerdamente haciendo vivir a Adrián en la miseria... Me indicará lo que debo hacer para dar un buen empleo a la fortuna del niño, y, por fin, él me insinuará lo que precisa llevar a cabo para buscar a los padres de Adrián. En esto he sido muy egoísta, lo confieso. Muy poco o casi nada he hecho para conseguirlo. Es tal el cariño que tengo a esa criatura que me aterra sólo el pensar que pueda encontrar un ser al que quiera más que a mí. De todos modos, algo hay que intentar, porque Adrián pudiera en su día pedirme cuentas muy estrechas. Diciendo a don Luis cuanto sé con respecto al niño, seremos dos a cargar con la responsabilidad, y con esto le daré al mismo tiempo una prueba de la confianza que me inspira.

ESCENA XIV

ANDRES y GUEVARA

Guev. (Entrando por el foro.) ¿Y los niños, señor Andrés?

And. En el cuarto de Adrián, donde Mateo se está vistiendo.

Guev. Su hijo está loco de alegría.

And. Se quieren con delirio.

Guev. Tienen dos corazones de oro.

And. (Con ternura.) ¡Pobrecitos míos!

Guev. No se puede usted imaginar el trabajo que costó hacer que Mateo se quede aquí.

And. ¿No quería, eh?

Guev. De ninguna manera, es excesivamente delicado, se ve que le ha educado usted.

And. No, don Luis, sale de él.

Guev. Algo ha debido usted influir, porque de no ser así, el ambiente en que ha vivido sólo produce perdidos. ¿Cómo le conoció usted?

And. La casualidad quiso hacerlo. Fuí a vivir a la casa en que habitaban Mateo y el señor Antonio, que decía ser su padre. Los dos niños simpatizaron desde el primer día, por ser poca la diferencia de sus edades. Fueron después a la escuela juntos. Como el señor Antonio trataba al niño muy mal y apenas le daba de comer, para amparar en lo posible a la pobre criatura y evitar en gran parte su desgracia, me fuí a vivir en compañía, en su mismo cuarto, encargándome yo de pagar las tres cuartas partes del alquiler. El señor Antonio, que es excesivamente avaro, no vió en mi determinación más que un ahorro, sin adivinar que mis propósitos eran velar por el pobre niño, en cuyo protector me convertí casi sin darme cuenta, compadecido de su desgracia.

Guev. Protección que, a no dudar, suponía un sacrificio por su parte.

And. Los sacrificios no me han asustado cuando han podido remediar una desgracia. Como siempre gocé de una salud robusta, trabajaba y ganaba lo necesario para todos. Lo malo fué cuando me caí del andamio en la chapuza que emprendí por mi cuenta... No me hice cargo de mi estado ni del cuadro de miseria que me rodeaba hasta pasado bastante tiempo. El señor Antonio se encargó de vender lo poco que teníamos para atender a mis necesidades. Cuando yo pude comprenderlo, me recriminé mucho mi conducta.

Guev. ¡Recriminaros! ¿De qué?

And. De que no sé si la que hasta ahora he seguido es censurable o meritoria.

Guev. ¡No comprendo!

And. Me explicaré, porque voy a tratar de un asunto muy serio, del cual no he hablado a nadie, y cuyo secreto a vos confío hoy, porque espero que me aconsejéis. (Se sienta en la marquesina.)

Guev. ¡Me pone usted en cuidado! ¿Tan grave es? (Se sienta al lado de Andrés.)

And. Usted mismo juzgará. Ante todo, y para empezar, debo decirle que mi Adrián es rico... o, mejor dicho, riquísimo.

Guev. ¡Cómo!

And. Posee una fortuna de cuarenta o cincuenta mil duros; no lo puedo decir con exactitud porque no he querido tomarme el trabajo de averiguarlo.

Guev. ¡Señor Andrés, voy temiendo que haya usted perdido la razón!

And. Tranquilícese, que no puedo tenerla más cabal.

Guev. Lo dudo, porque no me explico, sobre todo en usted que no es avaro, que hayan vivido en la miseria poseyendo una fortuna semejante.

And. Le repito que es de Adrián.

Guev. Los hijos en su menor edad no pueden tener bienes que no sean de sus padres.

And. Es cierto, pero a mí no me pertenece ni un céntimo de los suyos, por la sencilla razón de que yo no soy su padre.

Guev. (Asombrado.) ¡Qué!... ¡Voy de sorpresa en sorpresa!

And. El niño tiene una historia que creo un deber relatar a usted, y voy a hacerlo en muy pocas palabras.

Guev. Sepamos; estoy intrigado de veras.

And. Hacía próximamente unos cinco años que yo me había casado en segundas nupcias y era feliz con mi mujer y mi hijo Adrián, precioso niño de poco más de tres años. Como yo he nacido sin duda alguna para la desgracia, Dios quiso arrebatarme casi en un mismo día a mi mujer y a mi hijo, víctimas de la viruela, epidemia que se propagó en la casa donde vivíamos. Mi pobre y anciana madre, para consolarme de tan terrible gol-

pe, me rogó que fuera a pasar una temporada a su lado a Navalperal, pueblo donde residía, y accedí a sus súplicas. Hacía muy pocos días que me hallaba allí, cuando una noche estalló un terrible incendio en la casa de enfrente a la de mi madre, que era la posada del pueblo. Las llamas hicieron presa en el edificio, que era viejísimo, y lo devoraban por momentos. Sus habitantes huyeron despavoridos, y los vecinos que acudimos a prestar auxilio creímos que todos se hallaban en salvo. No era así, porque de repente saltaron hechos pedazos los cristales de una ventana del piso superior, y en su marco apareció un hombre, que, desnudo y llevando sus ropas en las manos, loco de terror se arrojó a la calle, desoyendo las voces que le dábamos para impedir su temeridad. ¡El golpe que recibió al caer fué terrible!

Guev. ¡Lo que me está usted contando es horroroso!

And. Recogimos a aquel desgraciado, y como mi casa era la más cercana, a ella se le llevó con las prendas de su pertenencia. Se le acostó en mi misma cama, donde permaneció mucho tiempo privado de sentido. El posadero al ver a aquel hombre, recordó que el infeliz se había hospedado aquella misma noche en su casa, y que en su compañía llevaba un niño de corta edad.

Guev. ¡Siga... siga usted!

And. Oir yo estas palabras, salir a la calle, y con la ayuda de una escalera entrar en la habitación donde estaba el niño, fué obra de un momento.

Guev. ¡Oh!

And. ¡Vi a aquel angelito de rodillas en la cama, rodeado de llamas, con los bracitos levantados hacia el cielo como pidiendo protección!

Guev. ¡Pobre criatura!

And. Le cogí... y unos momentos después estaba en salvo, oyendo al poner los piés en el suelo el ruido de la techumbre que se hundia, convirtiendo el interior del edificio en un montón informe de abrasadoras ruinas. Un segundo menos de tiempo y hubiésemos perecido el niño y yo.

Guev. ¿Y el niño aquel?

And. Es Adrián.
Guev. ¿Y el herido?
And. Se había roto la columna vertebral, y tres días después expiraba en mis brazos, rogándome que me encargase del niño y de una cartera que contenía veinticinco mil duros en billetes de Banco, diciéndome en sus últimos momentos, una vez convencido de que para él no había remedio, que aquel dinero, producto de un crimen, era del niño.
Guev. ¡Horror!... ¿Qué más dijo?
And. No pude saber más, porque en el momento en que intentaba revelarme algo grave, la muerte selló para siempre sus labios.
Guev. ¡Difícil situación la vuestra! ¿Qué hicísteis después?
And. Oculté cuidadosamente la cartera, y como no hubo medio de identificar el cadáver, porque al niño no se le pudo hacer hablar, por no saber apenas hacerlo, di los pasos necesarios para aprohijar a la criatura, ayudándome mucho en mi pretensión el acto heroico, que según aseguraban había llevado a cabo. Me encargué, por tanto, del pobrecito huérfano y le di el nombre de mi difunto hijo, por ignorar cuál fuese el suyo. Cuando regresé a Madrid deposité en el Banco el dinero, al que no he vuelto a tocar desde entonces, y que a fuerza de acumular intereses debe haber aumentado de una manera considerable.
Guev. Ya lo creo. Noble conducta la vuestra. ¿Y no hizo usted nada para averiguar la procedencia del niño?
And. Inútil fué cuanto intenté.
Guev. Quizás andando el tiempo se logre saber quién es.
And. Sólo conservo un objeto que pudiera servir algún día para su identificación.
Guev. ¿Y es?...
And. (Desenvuelve de un papel una cruz y una cadena.) Esta magnífica cruz de brillantes.
Guev. (Poniéndose en pie de un salto.) ¡Dios bendito!
And. (Se levanta.) ¿Qué le pasa, don Luis?
Guev. ¿Esa cruz tiene una fecha en el dorso?
And. Sí.
Guev. ¿El veinticinco de Enero de...? (Doce años antes de la fecha en que se represente la obra.)

And. Justo. ¿Cómo lo sabéis?

Guev. ¡Ah!... ¡Es demasiada felicidad!... (Cogiendo las manos a Andrés.) ¡Yo me vuelvo loco!... ¡Dígame que no sueño!...

And. No le comprendo.

Guev. ¡No es fácil, amigo mío!... ¡Adrián es hijo mío!...

And. ¡Qué es lo que dice!

Guev. (Con exaltación.) ¡Sí, mi hijo Luis que me devolvéis!... ¡Mi hijo Luis, que con su hermano Gabriel y treinta mil duros me fueron robados por uno de mis criados hace unos ocho años próximamente!

And. ¡Oh!

Guev. Aún no había querido contar a usted mis penas. ¡La alegría me mata!

And. ¡Cálmese, por Dios!

Guev. ¿Dónde está?... ¡Dónde está el hijo de mi alma!... ¡Luis!... ¡Luis mío! ¡Ven pronto a los brazos de tu padre!...

And. Don Luis, domínese como yo me domino. La emoción pudiera seros funesta... Además, hay que preparar a esa criatura para que reciba una noticia tan trascendental.

Guev. ¡Tenéis razón, me dominaré!

ESCENA ULTIMA

ANDRES, GUEVARA, ADRIAN y MATEO

Adr. (Por la derecha con Mateo.) Apuesto a ustedes lo que quieran a que no conocen a Mateo. (Hace girar sobre los talones a Mateo.)

Guev. (Muy emocionado y haciendo grandes esfuerzos para dominarse.) ¡Ven!... ¡Ven aquí, Adrián! ¡Abrázame!...

Adr. (Abraza a Guevara.) Bien.

Guev. Otra vez... Otra... ¡Déjame ahora que te coma a besos! (Le besa.) ¡Pero bésame tú!... ¡Más!... (Mirando a Adrián a la cara.) ¡Permíteme que te contemple!... ¡Ah!... ¡Qué hermoso eres!...

Adr. (Con extrañeza.) ¡No comprendo, don Luis... lo que haya podido hacer para recibir tales muestras de cariño por su parte!

And. Prepárate, Adrian, para recibir una sorpresa que te ha de conmover hondamente.

Adr. ¿Es grata?
And. La más grata que se te puede dar.
Adr. ¡Respiro! Esa clase de noticias siempre se reciben bien.
And. Las hay, que de tan gratas son terribles.
Adr. Veamos, ha excitado usted grandemente mi curiosidad.
Guev. Adrián, ¿qué dirías tú de un niño que después de haber perdido a su padre, o, mejor dicho, que no habiéndole conocido, le dijeran, presentándosele: ese es?
Adr. Diría... que... era el ser más dichoso de la tierra.
And. Pues bien, niño, en ese caso te encuentras tú.
Adr. (Con asombro.) ¡Yo!
Mat. ¡Qué cosa tan rara!
And. Sí, tú, que desde hoy no te llamas Adrián, sino por tu verdadero nombre, o sea: Luis de Guevera, como tu padre.
Adr. (Con sobresalto.) ¡Qué!
Guev. (Emocionado.) ¡Que eres mi hijo! (Abrazando a Adrián.) ¡Mi hijo querido!
Adr. ¡No salgo de mi asombro! ¡Yo no he conocido más padre que a usted! (A Andrés.)
And. (Apenado.) ¡Hasta hoy lo he sido adoptivo!
Guev. ¡Hijo mío, hoy es el día más feliz de mi vida, confundámonos en un abrazo!
(Pausa, durante la cual sólo se oirán besos y sollozos.)
And. Adrián, o mejor dicho, Luis, debo darte una explicación de cuanto ocurre. Yo, como te acabo de decir, no soy tu padre. He sido únicamente el instrumento elegido por Dios para que se cumplan sus designios.
Guev. Así es. Escucha y te convencerás de cuán ciertas son las palabras que acaba de pronunciar el señor Andrés. En la más tierna edad, tú y tu hermano Gabriel me fuísteis arrebatados por una mano criminal ávida de oro. Por circunstancias especiales de la vida, llevado indudablemente por Dios, fuiste a parar a manos del señor Andrés, que no en mejores podías haber caído, y que hoy por un milagro te entrega a tu verdadero padre.
Adr. El asombro y la emoción que me causan sus palabras no me dejan reflexionar.
Mat. Lo comprendo. ¡Qué feliz eres!
Adr. ¿Y cómo lo han sabido?

Guev. La explicación es fácil. (Saca la cruz.) ¿Ves esta cruz?

Mat. (Aparte al ver la cruz.) ¡Dios mío, es la mía! (La busca en los bolsillos.)

Guev. Tu madre te la puso en el pecho pocos días después de nacer.

Mat. (Encontrando la cruz. Aparte.) ¡No, la tengo aquí!

Guev. En ella, igualmente que en otra que llevaba tu hermano Gabriel, hizo grabar la fecha de vuestro nacimiento.

Mat. (Aparte.) ¡Esto debe ser un sueño! (Se pasa la mano por la frente.) ¡No me doy cuenta de lo que me pasa. (Alto.) Don Luis, ¿y la cruz de su otro hijo, qué fecha llevaba?

Guev. La del 7 de Diciembre de... (Once años antes de la época en que se represente la obra.)

Mat. ¡Dios bendito! (Abraza a Guevara.) ¡Abráceme usted! (Besándole.) ¡Béseme usted!... ¡Pero qué hace que no me llama hijo!...

Guev. (Con extrañeza.) ¡No entiendo!

Mat. ¡La alegría me vuelve loco! ¡Yo también soy hijo suyo! ¡Soy el hermano de Adrián!

Adr. (Con asombro.) ¡Que eres mi hermano!

Mat. (Enseña la cruz.) ¡Mirad la otra cruz, la de vuestro segundo hijo! ¡Me la entregó hace unos días el señor Antonio!

Guev. (Abrazando a Mateo.) ¡Dios omnipotente! ¡Hijo querido!

Adr. (Forma grupo con Mateo y Guevara fuertemente abrazados.) ¡Hermano del alma! (Pausa.)

And. ¡Qué felices son! (Con tristeza.) Yo, en cambio, no puedo participar de su alegría. Su dicha me regocija y me entristece. Me regocija porque al fin van a ser dichosos... y me entristece porque tengo que abandonarles... Sí, yo, en conciencia, no puedo robarles ni un ápice del cariño que se deben profesar mutuamente.

Guev. (Abrazando a Andrés.) ¡Señor Andrés, os debo la felicidad! Me hacéis el hombre más dichoso de la tierra, devolviéndome en un mismo día a mis dos hijos, ¡a los dos seres que tanto he llorado!

And. (Enjugándose las lágrimas.) ¡Sí... sois muy dichosos!

Guev. Cómo pagarle... (Al notar que Andrés llora.) ¿Qué es eso? ¿Por qué lloráis? ¡Estáis triste!

And. No, por cierto.

Adr. Sí, sí; inútil es que lo niegue. Yo sé en qué estriba su tristeza, le conozco muy bien. Llora, se aflige, porque teme perder parte del cariño que Mateo y yo le profesamos.

And. No, niño, no.

Mat. Eso es, sin duda alguna.

Guev. Que no abrigue semejante temor; por el contrario, ahora seremos tres a quererle, a venerarle, no viviremos más que para él.

Adr. Además, se pueden tener dos padres y querer a los dos lo mismo.

And. ¡Eso es imposible!

Adr. Me afirmo en lo dicho: desde hoy sois el padre de todos nosotros; es decir, el *abuelito de la casa.*

(Telón.)

FIN DEL DRAMA

Obras de D. Julián Morón y Antón

PROPIAS PARA COLEGIOS, SEMINARIOS, CENTROS DE RECREO Y AFICIONADOS

PARA HOMBRES SOLOS

Las dos infancias (2.ª edición), entremés en prosa, original.......................... 1 peseta.
Corazones de oro (2.ª edición), drama en tres actos, en prosa, original................ 2 pesetas.
Consulta médica (3.ª edición), pasillo cómico en un acto, en prosa, original........... 1 peseta.
Los hombrecitos (2.ª edición), juguete cómico en un acto, en prosa, original........... 1 peseta.
Huelga de esposas (2.ª edición), juguete cómico en un acto, en prosa, original...... 1 peseta.
El gallito del lugar, comedia en tres actos, en prosa, original.......................... 2 pesetas.
Un ángel más (2.ª edición), drama en un acto, en prosa, original........................ 1 peseta.
Autoridad de padre, comedia en dos actos, en prosa, original.......................... 1,50 ptas.
Los amigotes (2.ª edición), juguete cómico en un acto, en prosa, original............... 1 peseta.
El pastor, drama en tres actos, en prosa, original.................................... 2 pesetas.
Los de la legua, juguete cómico en un acto, en prosa, original..................... 1 peseta.
Pedazos del alma, drama en un acto, en prosa, original............................... 1 peseta.
Aires del campo, juguete cómico, en un acto, en prosa, original....................... 1 peseta.
Escenas de mi portal (2.ª edición), pasillo cómico en un acto, en prosa, original...... 1 peseta.
San Juan Bautista de La Salle (2.ª edición), drama histórico en tres actos, en prosa, original................................ 1 peseta.

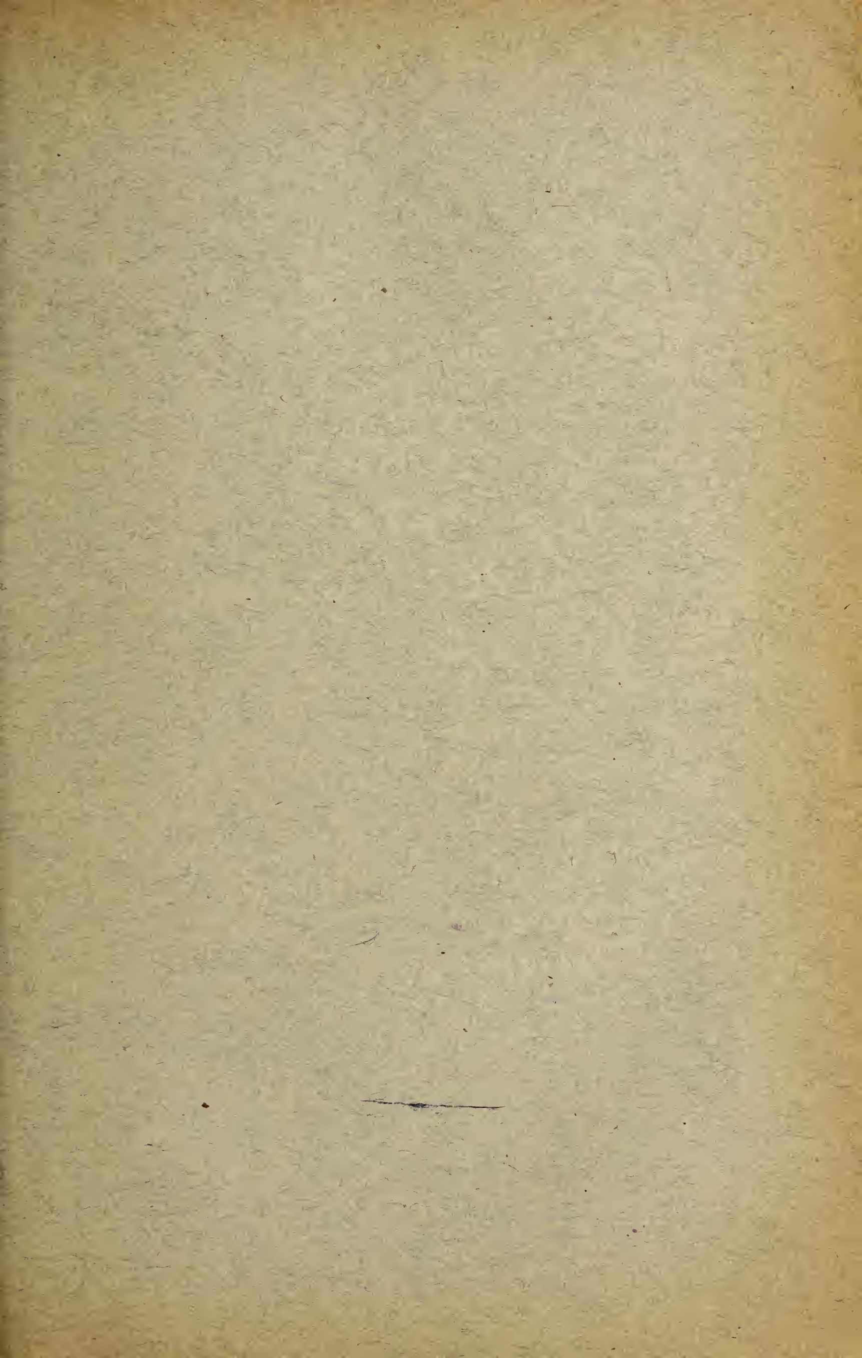
Los gandules, sainete en prosa, original..... 1 peseta.
Blusa y levita, comedia en un acto, en prosa, original.............................. 1 peseta.
El ogro, juguete cómico en un acto, en prosa, original.............................. 1 peseta.
Fusión de razas, drama en un acto, en prosa, original.............................. 1 peseta.
Un bendito de Dios, juguete cómico en un acto, en prosa, original.................. 1 peseta.
Los volatineros, comedia en dos actos, en prosa, original......................... 1,50 ptas.
El niño bitongo, juguete cómico en un acto, en prosa, original...................... 1 peseta.
Odios de aldea, drama en dos actos, en prosa, original............................ 1,50 ptas.

PARA MUJERES SOLAS

Dos niñas, entremés en prosa, original..... 1 peseta.
Una mujer de su casa (2.ª edición), sainete en prosa, original......................... 1 peseta.
¡¡Solas!!, drama en un acto, en prosa, original.................................. 1 peseta.
Ceguedad, juguete cómico en un acto, en prosa, original.......................... 1 peseta.
Chocheces, comedia en tres actos, en prosa, original............................. 2 pesetas.

Estas obras se hallan de venta en la Sociedad de Autores, calle del Prado, 24; en el domicilio del autor, Bravo Murillo, 25 y en las principales librerías de España y América.





Precio: DOS pesetas